

ADYNATON 5

Revista de creación del Círculo de Letras
del CETYS Universidad • Año 2022





Dr. Fernando León García
RECTOR DEL SISTEMA CETYS UNIVERSIDAD

Dr. Alberto Gárate Rivera
VICERRECTOR ACADÉMICO

C.P. Arturo Álvarez Soto
VICERRECTOR ADMINISTRATIVO

Dr. Jorge Ortega Acevedo
COORDINADOR DEL PROGRAMA EDITORIAL

Adynaton 5

D. R. © Los autores

D. R. © Instituto Educativo del Noroeste, A.C.
(Programa Editorial de CETYS Universidad)

Primera edición, enero de 2023

Edición, corrección y diseño: Néstor de J. Robles Gutiérrez

Ilustración de cubierta: Navi Medrano

Adynaton 5, año 2022, es una revista del Instituto Educativo del Noroeste A. C., editada a través del Programa Editorial de CETYS Universidad. Calz. CETYS, s/n, Col. Rivera, C. P. 21259, Mexicali, Baja California, (686) 567-3700, www.cetys.mx/programa-editorial, programa.editorial@cetys.mx. Editor responsable: Néstor de Jesús Robles Gutiérrez. Reservas del Derecho al Uso Exclusivo, ISSN y Licitud de Título y Contenido en trámite. Impresa por Comersia Impresiones, S. A. de C. V. Este número se terminó de imprimir en febrero de 2023 con un tiraje de 300 ejemplares. Todos los textos que aparecen publicados son responsabilidad exclusiva de sus autores. Se autoriza la reproducción de los mismos, citando la fuente original siempre que se realice de manera íntegra, sin modificaciones, dando el crédito correspondiente al autor y a la institución.

CONTENIDO

PRESENTACIÓN	5	ENRIQUE DE JESÚS LINARES TOVAR	
GERMÁN BAZALDÚA		Perdidos	85
20 920 404.6 kilómetros	9	Fifi	89
SEBASTIÁN CAMPAÑA		EMILIO RAMIRO LOMELÍ VÁZQUEZ	
De los Cárpatos	17	Hermano Sol y hermana Luna,	
La hora	19	en el sueño de un tonto en	
MARTHA ELENA CARRILLO PEDRAZA		las noches de octubre	95
Necesito una pluma	23	ANGELA IRAÍS LÓPEZ HERRERA	
ADELA CHONG LAM		A la salida de la escuela	101
Melquiades en las alturas	29	JUAN CARLOS MUÑOZ ARIAS	
Mis manos	33	Los cuadros del señor Asher	107
ÁNGEL CORRAL VEGA		DIANA PADILLA	
Curvas de riesgo	39	El invierno de un soñador	115
MARCELA DANEMANN		BEATRIZ PÉREZ FIERRO	
Tinta fresca	45	La tórtola	123
MARIANA GARCÍA		Seda	126
¿Qué hubiera pasado si en		SUSANA M. PÉREZ-SALVATIERRA	
lugar de decirte adiós te		RODRÍGUEZ	
hubiera dicho te quiero?	51	Entre el bosque de cruces	133
Madmoiselle Fifi	53	El secreto del viento	135
CARLOS FERNANDO GONZÁLEZ		FRIDA ROBLES GUTIÉRREZ	
ORONIA		La cama	141
Hola	57	MARIANO VALENZUELA	
JOSELINE TSUNAMY GUEVARA		Me acuerdo	145
URTUSUASTIGUI		SEBASTIÁN VALDEZ VALLE	
Tarde de solipsismo	61	Lejos	151
ALFA TAO HERNÁNDEZ LUCERO		ÁNGEL ZAREK VELÁZQUEZ	
¡Extra, extra!	69	VELÁZQUEZ	
En las tinieblas de Morfeo	70	12 segundos de oscuridad	157
MARÍA LIZETE GUIZA LEGASPY		JESSICA JANIN VIVEROS MENDEZ	
Anthony Quinn	75	Mademoiselle Fifi, ven por mí	163
El arete	77	Una lección de amor	165
Odilio	79	SOBRE LOS AUTORES	167

DIRECTORIO DE COORDINADORES
ADYNATON 5

COORDINADORAS DE DIFUSIÓN CULTURAL

Natalia Silva Paz (campus Mexicali)
Michell López García (campus Tijuana)
Marisol Ibarra Enríquez (campus Ensenada)

INSTRUCTORAS DE TALLERES LITERARIOS

Lizeth García Peña (Escritura Creativa, Tijuana)
Ana Fuente Montes de Oca (Escritura Creativa, Ensenada)
Miriam Ibarra Páez (Creación Literaria, Mexicali)

PRESENTACIÓN

Con la quinta edición de *Adynaton*, se cierra un ciclo más de trabajo creativo que los estudiantes de Ensenada, Mexicali y Tijuana realizaron en dos semestres en los talleres de escritura creativa, durante el 2022, tiempo que fue marcado por el regreso paulatino a las aulas, después de una pandemia que nos obligó a resguardarnos en nuestros hogares, y por fin pudimos vernos a los rostros y compartir directamente las ideas, con todo lo que implica hablar frente a frente. Fue un año que les permitió a los estudiantes dar rienda suelta a su creatividad usando como materia prima la palabra escrita.

Los talleres de escritura del Sistema CETYS se han convertido para los estudiantes, un espacio para dejar fluir sus ideas a través de las historias, poemas, ensayos y otros géneros, que les han permitido crear sus propios universos y realidades, o para que los sentimientos y emociones manen a través de esas voces internas que juegan en sus mentes y que se transforman en palabra escrita. Dicho encuentro con su voz se da por las lecturas que se comparten en los talleres y después por la práctica de la escritura. Es en esta última acción, en el que cada uno de los noveles escritores van develando sus intereses, gustos, obsesiones, preocupaciones... se van conociendo a sí mismos.

Las que estamos al frente de los talleres de escritura, solo somos guías para esos caudales de ideas creativas que suelen darse en cada sesión, en las que mostramos la diversidad para la palabra escrita, y ellos sólo decidan qué camino tomar.

Lo que disfrutarán los lectores en esta quinta edición de *Adynaton*, es solo una muestra de la pluralidad de voces. Jugando un poco un dicho popular: “ni son todos los que están, ni están todos los que son”.

¡Disfruten de estos diálogos con cada una de las voces aquí reunidas!

Lizeth García Peña
Miriam Ibarra Páez
Ana Fuente Montes de Oca

GERMÁN BAZALDÚA

20 920 404.6 KILÓMETROS

Sol y yo hemos sido amigos durante una semana, un día, tres horas y veintisiete segundos. Esto quiere decir que la Tierra (conmigo en ella) ha recorrido poco más de 20 920 404.6 kilómetros desde el día en que conocí a Sol, todo esto sin que yo lo notase, evidentemente.

¿Cuántas y cuáles son aquellas cosas que suceden sobre, para y por nosotros y que nuestras limitaciones humanas no nos permiten ver a simple vista?

¿Cuántas parejas de extraños se encuentran justo en este momento, en el mismo lugar o no se conocerán hasta dentro de algunos años? ¿Cuántas nunca lo harán?

¿Cuántas personas lloran por la pérdida de lo que nunca tuvieron y cuántas lloran por lo que la vida les ha forzado a tener?

Seguramente Sol sabrá la respuesta, pero conociéndola nunca me la dirá.

Muchos (quienes en realidad no la conocen como yo) piensan en Sol como la encarnación más pura de la alegría, la vitalidad y la energía, sin embargo, Sol en realidad me resulta personalmente más refinada, seria, exigente y puntual de lo que la gente suele asumir. Además, no es tan enérgica como uno podría llegarse a creer y usualmente tiene un carácter mucho más fuerte de lo que los demás imaginan.

Sol es bastante displicente con los demás, pero no en la forma en la que las personas tímidas podemos serlo. Ella lo es en la forma en que su mera presencia aleja a los demás. Su aire de prepotencia (irónico, pues del lugar de donde viene no suele haber mucho de eso), mirada fría (algo gracioso si se toma en cuenta que ella arde a unos 15 millones de grados), esa extraña postura dominante, ligeramente inclinada hacia enfrente con los hombros y el mentón perfectamente alineados en rectas paralelas y, por último, su forma de caminar, descargando seguridad en cada paso que daba.

Si bien, uno podía saber lidiar con una persona imponente, no es tan fácil cuando se trata de sobrellevar la crueldad de Sol. En ocasiones puede actuar de forma algo desmedida (escuché que usa su fuerza para estrujar toneladas de hidrógenos entre ellos, hasta que sus entrañas dejan de distinguirse) y sobre todo, la principal razón por la que es difícil relacionarse con Sol es porque puede ser físicamente peligroso acercarse a ella. Es por esta razón que solo nos vemos alrededor de las 7:22 durante las tardes, separados por la invisible e imperceptible (pero sumamente imprescindible) atmósfera, la cual me cubre como aquella madre que protege a su pequeño al envolverlo sobre una cálida cobija color azul para, después arrullarlo entre sus brazos. Esa era la única forma en la que podía ver a Sol. Aunque fuese al menos durante unos 38 minutos y ella tuviese ese tono rojizo suave en sus mejillas (que detesta). Si tan solo supiese que a todos aquí nos encanta verla así.

Las personas a quienes les cuento de mi particular amistad con ella, me dicen que no debería estar tan cerca de Sol, pero hoy, más que cualquier otro día, esa idea me parece sumamente ridícula.

Sol es distante, cruel y un poco altanera, pero también es fuerte, atenta y me hace sentir vivo cuando sonrío. Me hace sentir un calor suave, como si el roce de su luz sobre mi piel me besara dulcemente y me soltara con ternura como dicién-

do “hasta pronto”, o como si las palabras que salen de su silencio dijeran exactamente lo mismo que yo digo cuando estoy en compañía de la soledad. Sol me hace sentir que en estos ocho días, tres horas y cuarenta segundos que llevamos siendo amigos (o 20 920 794.6 km) son los únicos días de mi existencia en los que no he estado viviendo en una vida ajena a la mía.

Quizá sea por todo lo que Sol me hace sentir que me duele tanto verla llorar cada día alrededor de las ocho de la noche. Lo hace justo después de que se ha despedido de mí y se aleja de la ventana, dándose la vuelta y creyendo que así su llanto me pasará desapercibido.

Tal vez sea porque vive sabiendo que morirá en cinco mil millones de años o peor aún, tal vez sea porque Sol sabe que muere sin estar viviendo. Quizá sea por todas las cosas horribles que ve hacer a los humanos o por las cosas hermosas que hacen y que ella no puede hacer: abrazar, mentir, besar, acariciar...

Puede que Sol llore por la dolorosa frustración de tener tan cerca todo aquello que hay en los planetas que la orbitan (la belleza, la tragedia, el amor, la pureza y la inconsciencia) mientras sabe que en realidad se encuentran infinitamente lejos de ella. Porque sí, Sol y yo estamos “cerca” uno del otro (si nos comparas con la distancia entre ella y Urano), pero ¿acaso la estrella más cercana está realmente cerca?

No sé si Sol llora por alguna de esas razones, por todas o por ninguna de ellas, pero hoy lo hace de nuevo al despedirse de mí. Sol llora y no puedo hacer más que observar desde la lejanía.

¿De verdad era eso lo único que podía hacer? ¿Verla llorar con desesperación mientras me consumía la culpa, la frustración y la impotencia que brotaba con furia de la distancia que nos separaba?

No. El día de hoy, algo es diferente. Tal vez se trata de ella o tal vez se trata de mí, pero hoy algo me resulta diferente.

—¡Hazlo! —grita cada fibra de mi piel, resonando en el espacio que hay entre mi sangre y mis venas.

—No —responde cada parte de mi sentido común, pero no lo escucho.

Comienzo a caminar hacia ella, dando un paso tembloroso con el pie izquierdo, que ahora tapa la pequeñísima sección de suelo donde hace unos segundos cayeron dos pesadas lágrimas que se deslizaron por mi rostro.

Doy el siguiente paso y comienzo a sentir un hormigueo en mis brazos y cuello, breve advertencia de lo que estoy por hacer. Levanto el pie izquierdo de nuevo para seguir caminando hacia ella cuando, de pronto, Sol levanta la vista y se gira hacia mí, dejando ver su cara humeante con la mirada destrozada. Con la voz completamente quebrada me grita unas palabras que no puedo distinguir. Doy el tercer y cuarto paso cuando mi ropa empieza a prenderse en llamas. Es entonces cuando descifro el agónico grito de Sol: “Morirás”.

Veo a mi alrededor, la atmósfera, el horizonte difuminando el agua y el aire entre borrones de tonalidades grises y azules, la curvatura de la Tierra y la forma en que su masa transforma el espacio sin que pueda notarlo (¿Cuántas y cuáles son aquellas cosas que suceden sobre, para y por nosotros y que nuestras limitaciones humanas no nos permiten ver a simple vista?), el brillo que irradia la corteza terrestre y también el azul morado que pinta el espacio como acuarelas derramadas infinitamente sobre todo lo que está más allá de lo visible. Por último, veo las estrellas y me pregunto si en otros lugares habrá gente que quiera tanto a su Sol como yo quiero a la mía.

Regreso bruscamente a mi realidad, no lo pienso más y corro hacia ella. Mi piel arde, sigo corriendo aun cuando percibo el olor de la misma quemándose.

Nunca había sentido un dolor tan punzante, intenso y feroz. Era como si mi piel estuviese siendo despellejada por alguna fuerza violenta en mi propio interior. Al principio el

dolor fue tanto, que no pude seguir avanzando, pero al cabo de una fracción de segundo (¿o acaso habían sido minutos?) el dolor fue tal que ya no podía ni siquiera sentirlo, ya no sentía nada.

Corrí unos pasos más (tal vez por voluntad, tal vez por dolor) y, finalmente, estaba justo frente a mí. Tenía el rostro humeante y los ojos llenos de un naranja rojizo que emitían ira y tristeza profunda, no obstante, al verme se tornaron de un amarillo aduraznado y solemne acompañados de una sonrisa compasiva.

La rodeé con mis brazos con toda la fuerza que me quedaba; la abracé como pensando que si lo hacía con la suficiente fuerza, podría quedarme unos segundos más a su lado. Ahí donde el dolor físico cesaba de existir, el emocional comenzaba a sanar y el espiritual adquiría otro significado. Sol continuó el abrazo mientras se acercaba a los restos de la piel tensa y blanca de mis orejas quemadas y susurró tiernamente: “Gracias”.

SEBASTIÁN CAMPAÑA

DE LOS CÁRPATOS

Decenios atrás, tenían festines acompañados de vino tinto, preparado personalmente por sus más fieles seguidores. Ahora cultivan sus alimentos en un pequeño invernadero en el patio trasero de su casa y tienen un trabajo de medio tiempo. Durante el día, soportan los gritos de los turistas bajo los rayos intensos del sol de verano (y las molestas visitas de personas religiosas que van de puerta en puerta). Durante la noche, salen, claro, sin consumir. Sus vidas se han transformado en algo tan miserable que ni siquiera se pueden ver al espejo.

Y pensar que todavía en la década de los noventa eran unos “incivilizados” que salían todas las noches a cazar presas, haciendo al pueblo parte de una pesadilla sobrenatural, como si tres asesinos en serie anduvieran sueltos. Sin embargo, todo cambió a inicios del año 2000, cuando la sociedad se volvió más “crítica”. Su estilo de vida ya no era aceptable y cuando las personas se enteraron de esto, ya no estaban aterradas de hacerles frente. “Adáptense”, “dejen de tomar y dejen la carne, háganle bien a su salud”, “aprovechen la luz del día”, les decían. Vaya sociedad más intolerante.

Finalmente sucumbieron ante la presión de las personas a su alrededor. Probaron el sabor de las frutas: la manzana, la sandía, las uvas, la granada e incluso de flores como las rosas. Ya no toleran el vino. Y pensar que tres de los seres más temi-

dos del siglo de las innovaciones se convirtieron en simples trabajadores de ingreso medio en una sociedad que, a pesar de decir lo contrario, no soporta las diferencias.

LA HORA

El monstruo de arcilla despertó de su largo sueño. No se podía mover, nadie podía. Los soldados y tanques que lo rodeaban salían volando por los rugidos del monstruo, sonidos que no salían de la bestia. Los aviones militares se estrellaban en los edificios de madera; se desarmaban, pero no explotaban. Las personas y los animales corrían y saltaban, escapando sin mover las piernas, alejándose desesperadamente. La escena cruel de este mundo irreal continuó hasta que se detuvo inesperadamente. “¡Ya es hora de irnos!” gritó la madre. El niño guardó sus juguetes, tomó su mochila y salió corriendo.

MARTHA ELENA CARRILLO PEDRAZA

NECESITO UNA PLUMA

Abro el cajón de la isla que está en la cocina. Ahí la señora siempre tiene de todo. Rebusco entre papelitos, libretitas, plumones, recibos viejos y chuchería y media y por fin me encuentro una pluma azul sin tapón. Rayo en uno de los papelitos del cajón para ver si sirve y sí, raya bien. Cuando estoy cerrando el cajón veo algo que brilla en una esquinita, me fijo y son los anillos de la señora, el del brillante y la argolla de casorio. ¿Qué hacen aquí?

A ver, nomás me los voy a medir tantito. No, pues tiene los dedos bien flaquitos, no me entran. ¿Cuándo me irá a dar el anillo el Kevin? Parece que le está yendo bien al otro lado, a lo mejor cuando regrese me da la sorpresa.

¿Y por qué se habrá quitado los anillos la señora? Habrá lavado un plato, aunque casi nunca lo hace. ¿Se quitó los anillos para lavar el plato? Ni come. Creo que había una taza en el escurridor cuando me levanté en la mañana, pero pudo ser la niña Ale que se toma un té antes de irse al gimnasio.

Ese Kevin, ¡hace rato que ni me habla, el canijo! Que ni crea que lo voy a esperar toda la vida.

¿Se habrá quitado los anillos porque se fue al gimnasio? Ahora que le ha dado por eso del *fitness*, que ya no come gluten, que nomás puro salmón, que no quiere lechuga bola, nomás del kale. Como que se anda preocupando mucho por la figura.

¿Qué hago? ¿Los subo al joyero que tiene en su baño? Mejor ahorita que llegue de su cita de las uñas le pregunto. El otro día se quejó de que donde le hacen las uñas no hay estacionamiento, que estaciona el carro lejos y pasa por una construcción. Ha de ser eso, no se quiso arriesgar a traer alhajas, no vaya a ser el diablo.

Y luego la niña Ale a grito pelado para preguntar si ya lavé su ropa, que no tiene nada limpio porque su mamá se está poniendo sus cosas. En eso ando, niña, en eso ando, pero dame tantita chanza porque no me doy abasto. Lo que sí es cierto es que de últimas anda muy juvenil la señora: que si la falda corta, el pantalón pegadito. Si ahí tiene el clóset lleno, no sé por qué se pone lo de la niña y a mí me hace lavar más seguido.

¿Guardaré los anillos? ¿Y si luego me gritonea? Mejor ahí se los dejo y si me pregunta mejor me hago como que no los vi.

Me acuerdo del anillo de mi abuelita, una florecita de oro con tres brillantitos en el centro. Ojalá me lo hubiera dado a mí y no a la tonta de mi hermana que dizque se le perdió. A mí se me hace que lo vendió para sacar de la cárcel al bueno para nada de mi cuñado. Ya ni llorar es bueno. Aunque ni me quedaba porque mi abuelita tenía los dedos bien gordos, no entiendo por qué se lo dio a ella. Ella qué.

Más me conviene empezar a echar lavadoras y a hacer la comida porque quién sabe si el señor vaya a venir de genio, lo he visto medio malencarado. ¿Irá a venir hoy? ¿Será que no le gusta la comida? Y no lo culpo, tanta verdura y tanto pescado la verdad enfadan. A él, que le gustan los sopecitos de chorizo que hago. Chorizo chorizo, pues, porque chorizo vegano no es lo mismo.

El Kevin ha de estar extrañando mis guisos, comiendo puras hamburguesas y *hot dogs* por allá. A ver si no se me pone bien gordo.

—¡Conchita! ¿Dónde anda mi mamá?

—Se fue a hacer las uñas niña, ya no ha de dilatar.

Cómo me gustaría usar las uñas como la señora, pero con tanto quehacer ni chanza. Mi abuelita siempre traía las uñas largas, pero tan largas que me daban poquito miedo porque se curveaban como garras de gavilán.

—Hola, Conchis. Ya volví.

—Ay, señora, qué bueno, porque mire, dejó sus anillos aquí en el cajón.

—Mamá, ya deja de ponerte mi ropa, no tengo nada limpio. Y ¿qué no fuiste a las uñas? Las traes igualitas.

La pobre señora. Hasta las manos las trae bien flacas porque cuando se pone los anillos le bailan en el dedito.

—Conchita, ¿no oyes el teléfono? ¡Contesta, mujer, ándale!

—Sí, señora, voy.

Por estar de boba ya me van a regañar.

—¿Diga? Sí. Muy bien, yo le paso el recado.

El señor, tan lindo, que sí vino a comer con todo y todo y hasta trajo un ramo de flores. Ha de querer disculparse por andar con su carota.

—¿Quién era, Conchita?

—Era de esas grabaciones de la compañía de teléfono, de ofertas y así.

Sale mejor decirle una mentirita porque siempre se pone bien enojada cuando se me pasa darle los recados. Ahorita con las flores del señor y unos arreglos se pone contenta y al rato le paso el recado; todavía ando con la pluma en la mano, para eso la quería, pues. Y aquí en el papelito todo ya se lo dejo: hablaban del laboratorio, que ya están los resultados.

ADELA CHONG LAM

MELQUIADES EN LAS ALTURAS

Llego al departamento bañado en sudor y fatigado. Otra vez el ascensor del edificio descompuesto. Si no fuera por el costo bajo de la renta, me iba a otro lado. Tal vez el próximo año, 1956 pinta va a ser un buen año. ¡Ojalá!

Sentado, con una cerveza en la mano, pongo la mente en blanco, entrecierro los ojos y cabeceo, pero el hambre le gana al sueño y el gruñido de mis tripas hace que mis cansadas piernas se muevan hacia el refrigerador.

—Diantres, no hay nada comestible, puras cervezas y una lechuga con manchas y maloliente. Tendré que ir a buscar algo de comida rápida o comer una arrachera con doña Chuyita.

Me lavo la cara y aprovecho el espejo para darme una peinada con los dedos. Tomo las llaves de mi auto y suena el celular ¡Me lleva la...!

—¡Bueno!

—Compa José, ¡córrele hacia donde están haciendo la torre!

—Martín, ¿cuál torre?

—La del Zócalo, por Madero y San Juan de Letrán. Hay un tarugo que se quiere tirar de lo alto.

—Primero voy a comer algo.

—Tampoco he comido, nos vemos allí y luego nos vamos a comer a Garibaldi. Yo invito la arrachera que tanto te gusta y tú, las chelas.

—¡Sale!

Tomo el maletín que contiene mis tesoros. Saco el chaleco antibalas, lo aviento al sillón. Salgo hecho la mocha.

Al acercarme al Zócalo, noto la ausencia de peatones. Se oyen dos sirenas y pasan la ambulancia y los bomberos. Me voy tras ellos para aprovechar que abren paso.

Al llegar, me encuentro con una multitud gritando, un murmullo incomprensible y, en lo alto de la estructura, se perfila contra el cielo nublado por el smog un hombre sobre unas barras de acero: cabizbajo, los brazos caídos, la mirada perdida y no puedo ver más porque los bomberos inician maniobras para poner una protección en el suelo.

En eso veo a Martín, mi primo que es subcomandante de la policía capitalina y quien me consiguió el permiso para arribar sin problema a todos los eventos criminales, tema que me tiene obsesionado desde que aprendí a tomar fotografías.

Todavía recuerdo el primer caso al que asistí. Un camión de refrescos de doble remolque, por su alta velocidad y peso, chocó con un autobús de pasajeros, lo mandó impulsado más de cincuenta metros para luego caer de lado y partirse en dos.

Inmediatamente acordonaron el área. Martín me llevó en su patrulla y llegamos al lugar de los hechos. ¡Era espantoso! Un nauseabundo olor se esparcía por el lugar. Los fierros y cuerpos retorcidos parecían parte de una película de terror. Al fondo del vehículo, en el escalón que lleva al último asiento, yacía un hombre atravesado; su prominente panza tenía un agujero por donde, como gusanos, empezaban a salir las tripas. Sus ojos vidriosos, aún con vida, miraban hacia todos lados y su boca balbuceaba algo, sin escucharse ningún sonido. Rápidamente tomé fotos desde diferentes ángulos. Cuando el comandante las vio, dijo que al fin había encontrado a un fotógrafo con “buen ojo” y a partir de allí, fui cultivando más mi obsesión: plasmar un instante irreplicable.

Ya me habían tocado otros suicidas, pero éste llama mi atención y me dirijo a un edificio cercano, el adecuado para

posicionarme lo más directamente posible. Con la cámara, atraigo la figura hacia mí. Está en la planta 42, desde donde se lograba una vista panorámica completa de la ciudad de México; un maravilloso paisaje urbano con la silueta del Popocatepetl a lo lejos, manchado por este evento.

Es un hombre joven que, aunque delgado, tiene la espalda ancha. Su vestimenta da gritos de miseria, sus brazos derrotados a lo largo del cuerpo muestran su desaliento. La cabeza que desde abajo se veía agachada, realmente tiene los temblores faciales de un llanto incontenible; su cara, que a ratos voltea de un lado a otro, muestra los dientes apretados y, en las comisuras de los labios, un hilillo de saliva escurre sin control.

Me dirijo a uno de los policías que estaban a mi lado, quien impávido, fuma con cara de valemadrista:

—Dile a Martín que me mande los generales del fulano ese.

Las autoridades ya han indagado y buscado familiares. No tiene a nadie. Melquiades Torres llegó hace cuatro meses pidiendo trabajo. Lo pusieron a prueba y era muy buen obrero. Hacía de todo, llevaba, traía... a nada decía que no. Venía de El Salvador, donde dejó a su novia y a los padres de ambos escondidos en una hacienda muy alejada de las guerrillas que en esos momentos plagaban su patria. Se vino a México y se quedó con miras de juntar dinero y traerlos.

Amaba a su novia desde niño. Se escribían y se mandaban cartas. Hoy recibió una de su pariente, Gumesindo. Una turba de malhechores llegaron a la hacienda, hambreados de comida y de saciar sus instintos sexuales y asesinos. Todos los habitantes, gente pacífica, sucumbieron ante la agresión. Ni siquiera enterraron los cadáveres. Cuando la comida se acabó, prendieron fuego al lugar, donde algunos cuerpos quedaron a medio calcinar, por lo que trabajosamente pudieron ser identificados.

Catatónico por la noticia, caminó sin rumbo por mucho tiempo. Sus pies lo llevaron a su lugar de trabajo y sin un aliado, ni nadie por quién vivir. Tomó la decisión de alcan-

zarlos y subió a la torre. Cuando se dieron cuenta, algunos compañeros trataron de disuadirlo, sin resultado. Bajaron desalentados y temerosos de exponer su vida ante el abismo de casi 180 metros. El aroma de la adrenalina mojaba sus rostros.

Abajo se formaron dos bandos; unos gritaban “¡Ya tírate, cabrón!”, y los otros “¡No te tires, te va a castigar Dios! ¡Baja! ¡Te ayudaremos! ¡Baja!”.

Enfoco la cámara hacia la chusma. Algunos, ebrios, ríen; otros rostros, principalmente de mujeres, denotan angustia y el instinto maternal, de protección, se asoma también en sus ademanes. Más gente se aglomeraba al chisme.

El panorama no cambia y yo tengo muchísima hambre, así que bajo a buscar a Martín. Al fin que ya tengo algunas fotos. Luego sabré el desenlace. Camino entre la gente y veo una rara fascinación en los transeúntes, ellos por ver y yo por atrapar instantes.

Acelero mis pasos para salir de la muchedumbre cuando me interrumpe un grito masivo: “¡Se aventó el desgraciado!”.

¡Maldición!, me digo mientras trago saliva por la arrache-
ra y el guacamole.

MIS MANOS

Oigo una melodía conocida, alegre y pegajosa. Empiezo a moverme en un ritmo que me hace sonreír, mis manos ale-
tean para un lado y para otro y justo frente de mi cara, en un movimiento como una caricia al viento, mis ojos quedan prendidos en ese ondular de los dedos. Despacio, mis pasos dejan de bailar. Me siento, las observo con detenimiento y pienso que en otros tiempos fueron lozanas y bellas; ahora ha aparecido un lunar sin forma, los dedos están algo torcidos y las uñas ausentes de esmalte. Esas manos alguna vez se quemaron con un brote rebelde de grasa al guisar. En lavar y tallar ropa se exfoliaron con los surcos del lavadero. Al parir apretaron fuertemente el puño para aumentar la fuerza al pujar, sintiendo en el dolor el orgullo, la alegría por un llanto y las gotas de sudor de bienvenida. Limpiaron narices mucosas, ubicaron el pezón hacia la boca del tragón que presto se alimentaba y, cuando nalgueaban al travieso, cada golpe dado en el blanco pegaba en mi corazón. Secaron lágrimas de berri-
rinche, de alegría, de terror y de nostalgia. Tocaron con pasión en las noches locas al dibujar la silueta cercana, primero con el índice y luego con toda la palma. Con desesperación, unidas cuando acudí a Dios por un pedido, apretadas con fervor también, cada vez que le agradecí, como aún hoy lo hago, todas las bendiciones recibidas.

Cocinaron y llevaron los alimentos a mi boca, con hambre o sin hambre. Lavaron mi cuerpo para luego secarlo. Con un ademán acentuaron una negativa o un “ven” despacio y con ternura, o el mismo “¡ven!” con mandato y coraje. Participaron en las despedidas con una caricia en el rostro y mientras los ojos decían “nos vemos pronto”. O simplemente dijeron “adiós” de espaldas, sin palabras. Tejieron a una velocidad imparabile para aniquilar una congoja o un agravio. Como mis ojos, festejaron con alegría al pensar en quién se pondría la prenda terminada.

Cubrieron mi cara para acallar el sollozo y detener las lágrimas que surgían incontenibles. Acompañaron melodías surcando el aire con una batuta imaginaria poseída por un don que no existe. Calzaron mis pies, jalaron los calcetines y los acomodaron. Alisaron toda la vestimenta en su lugar hasta dejarla lista para lucirla con satisfacción. En un tiempo que pareció eterno sirvieron para recoger basura, pelar fruta, marinar la carne, bañar las mascotas y, en un loco afán, tocar unos labios para atraerlos.

Fueron remos que al tocar el agua parecían saber qué hacer y disfrutaron flotar y chapotear como los seres marinos.

También cerraron los ojos de un alma que se fue, cuando en ellas quedó el hueco del último adiós, cuando no quedó más que la esperanza de por siempre la silueta y la mirada tan querida.

Con los puños en la barbilla y los ojos cerrados, pensé en cómo entrar en el laberinto de mi imaginación buscando a mi musa escondida. En esa oscuridad, apareció con una claridad asombrosa y de nuevo, la vista de mis manos que nunca han dejado de estar activas. Desde que salieron de su húmeda guarida han actuado con certeza de objetivo y, aun si la mente se distrae, la insuperable inercia logra que cumplan su tarea.

Manos queridas, en un ademán de amor y de respeto las uno y agradezco con fervor. Al verlas tan gastadas todavía a

mi lado, las valoro y me inclino ante tanta humildad mostrada en su capacidad de acercarme todo lo necesario y llenarme de bendiciones. Han cumplido cabalmente su misión.

Hay tantas manos santas y a la mente me viene otras de quien, abriendo los brazos y con las palmas abiertas, dijo:

—Dejad que los niños se acerquen a mí.

ÁNGEL CORRAL VEGA

CURVAS DE RIESGO

Esa carretera ha sido escenario de distintas leyendas a lo largo de varias décadas, desde su creación, allá por el año 1952. Su circulación en un solo sentido fue uno de los principales factores que llevaron a que tantos accidentes pasaran por esos rumbos, perdiendo, lamentablemente, la vida muchas personas y/o familias enteras. Ya fuera por algún conductor distraído, un borracho, mala iluminación, la poca separación entre los carros al tomar las curvas, las rocas que muy raramente caen, entre otros. Ahora todo es muy diferente, la carretera está mejor, hay dos carriles de ida y dos de vuelta, está más segura. Las piedras que rodean los carriles ahora están protegidas con malla, reduciendo así la posibilidad de que caigan y lastimen a alguien. Aunque eso no elimina el factor de los accidentes. Sin ellos, aunque suene cruel, la Rumorosa no tendría ese factor “embruado” que toma cuando alguien cuenta que le sucedió algo de leyenda allá arriba.

Pero sé que son solo habladurías. Tengo más de veinte años subiendo y bajando la Rumorosa, de día, de noche, de madrugada. Ni una sola vez he tenido algún encuentro paranormal. No está de más que diga que soy una persona escéptica; nunca he creído en aquello que no se puede comprobar físicamente. Es algo que viene de mi niñez.

Las películas de terror: sobrevaloradas. Las leyendas y apariciones de brujas o criaturas: exceso de imaginación. Y no es que no sienta miedo en situaciones... fuera de lo común, por así decirlo, porque estaría mintiendo. Sí siento nervios y algo de miedo cuando estoy solo en la oscuridad, por ejemplo. Pero eso no significa que crea que hay cosas ahí. Solo es algo natural, algo humano.

Eso estoy sintiendo en este momento. La abundante luz que los faros de mi auto expiden hacia el ambiente no es siquiera suficiente para atravesar por completo esa densa capa de niebla y oscuridad que me rodea. Bajo las curvas casi a vuelta de rueda porque no quiero que pase un accidente. La velocidad no es problema porque ningún carro se ve próximo a mi ubicación, pero, de nuevo, no es como que pueda ver mucho más allá de mi rango de visión.

De pronto, mientras escuchaba mi música en la radio, esta se silenció en un cien por ciento. No me preocupé, pues estos incidentes suceden por el bloqueo de las montañas y la mala recepción. Ahora, sin embargo, había cierta estática y parecía que una voz hablaba a través de ella. El locutor, claro, porque ¿quién más podría ser?

En un lapso de menos de tres segundos que volteé hacia el aparato, de reojo miré una mujer en la carretera, a plena curva, haciendo la seña del aventón, esa con el pulgar levantado. Era una mujer de buen vestir, un conjunto de jeans y una blusa normal, nada que rayara en lo extraño.

Aun así, fue muy raro. Todavía no bajaba ni la mitad de la montaña, entonces esta mujer tenía que haber subido caminando varios kilómetros, en plena madrugada. ¿O acaso había tenido un accidente? ¿O quería que me bajara para que algún acompañante de ella me asaltara? ¿O era una...?

No, no. Despejé esos pensamientos de mi mente, porque no soy así. No me iba a dejar influenciar por todas esas leyendas, por esas vagas creencias.

Seguí mi trayecto normal. Bajé algunas decenas de me-

tros más y una imagen al frente me hizo pasar saliva. La misma mujer estaba pidiendo aventón en otra curva. Era imposible, no podía haber bajado más rápido que yo, rebasarme y luego volver a emparejarse.

Comencé a sudar frío. Mis piernas temblaban con desesperación. Afuera el clima era realmente sofocante y aun así dentro de mi carro parecía un congelador.

No, no. Era una coincidencia. Anoche no dormí lo suficiente. Mi mente está jugando conmigo, me está haciendo ver cosas. Sí, eso es. ¡Oh, no!

La misma mujer, cincuenta metros más abajo. ¿Qué demonios estaba pasando? Miré por el retrovisor y alcancé a divisarla haciendo la seña todavía. Volví mi vista al camino mucho más nervioso que antes.

—¿Por qué no me quieres dar raite, cara bonita? —dijo una voz en el asiento trasero.

Volteé y observé a esa mujer, sentada como si nada, con esos ojos vacíos que estaban fijos en los míos. Su sonrisa...

Su sonrisa era macabra. Dos hileras de dientes filosos en posición de combate, de oreja a oreja.

No, no. Es mi imaginación, me repetí. No es real, no es real.

Volteé al retrovisor y la mujer ya no estaba ahí. Solo así, tal cual había llegado, se esfumó. El alma me volvió al cuerpo. Estaba asustado, la verdad. Pero me sentí aliviado que, en efecto, fuera mi mente jugándome una broma.

Seguí manejando. De pronto, una mano me tocó el hombro. Una mano esquelética que enterraba sus dedos flacos en mí.

—¿Que no sabes qué pasa cuando no das aventón? ¿No has prestado atención a las leyendas? —espetó la mujer.

No aguanté más. Entré en shock, pegué un volantazo y es lo último que recuerdo.

Desperté días después en un hospital de Mexicali, con mi familia alrededor de mí y la noticia de que había tenido un accidente en la bajada de la Rumorosa. Apenas había despertado. De milagro sobreviví, me dijeron. Y todo fue gracias a

una joven que iba detrás de mí en su auto y alcanzó a sacarme del mío antes de caer al vacío. Le pregunté a mi familia si la joven estaba por ahí. Fue cuando la invitaron a pasar.

Cuál habrá sido mi sorpresa, era la joven que se había subido a mi auto, sólo que normal. Sin los dientes mortíferos ni los dedos esqueléticos. Pero era ella.

Grité con todas mis fuerzas y todos se asustaron. Incluso la muchacha dio un brinco de tan sorprendente agradecimiento. Mi familia le dio las gracias haciéndose escuchar sobre mis gritos y la muchacha se fue.

Nadie me creyó cuando les conté. Todo el mundo cree que fue efecto del golpe, que lo que estaba teniendo era un sueño dentro de mi coma inducido. Pero no. Yo sé que eso no fue mi imaginación. Aunque todavía no puedo explicarme qué pasó y por qué, no he subido la Rumorosa desde entonces.

MARCELA DANEMANN

TINTA FRESCA

Su rutina es la misma desde hace 25 años. La única diferencia es que ahora el Mercado Metropolitano ya no existe y cuando el “Chato” Flores abre su local, no es el primero. Antes que él, ya comienza el horario de trabajo de los más jóvenes, quienes corrieron con la suerte de heredar este oficio de sus padres.

El Chato siempre supo que trabajar solo, sin socio, podría tornarse difícil. Convengamos que su mayor don es la creatividad y que conoce el lenguaje del trabajo de rotulista más que nadie, pero el área contable, los presupuestos y eso de “cobrar” el trabajo es su talón de Aquiles. Solo en esos momentos es que extraña a su socio y aún no puede creer que su muerte accidental también haya puesto fin a una amistad de décadas y a un sueño comercial compartido.

Su taller, en la calle Cuarta y Castillo, inició en una época de gloria donde el movimiento en Ensenada era muy notorio, porque trabajaban juntos los carroceros y los rotulistas. Así, sin importar la competencia, se empezaron a abrir talleres uno tras otro. Hoy en día, los encargos son múltiples. Algunos clientes necesitan pintar una pared, otros meter un rótulo en alguna lona, diseñar un paisaje en una barda o mejorar un slogan partidista con el rostro del candidato de turno pintado a mano.

Los últimos trabajos del Chato fueron pedidos importantes y nos los pudo cobrar. Ahora, con esta nueva clienta,

el desafío era mayor. No quería defraudarla. Debía negociar un precio justo y aparte necesitaba ingresos para pagar todos los elementos importados que había encargado: pinceles de pelo de Malta, de camello, de cerdo, algunos rodillos, brochas de diferentes medidas y hasta una pistola china de aire comprimido. Por suerte, las pinturas a base de aceite, vinílicas y solventes le sobraron del último trabajo, que si bien tampoco lo cobró, le permitieron divertirse como nunca antes porque se trataba del retrato de Cantinflas al aerógrafo. Resultó pues, que la ropa con la que lo dibujó no era la apropiada, que la sonrisa no se parecía y no sé cuántas excusas más puso el dueño del restaurante. Total, que sólo recibió el pago equivalente a dos metros lineales. Y el Chato, como siempre, no quiso discutir.

Pero con esa clienta todo fluyó mejor el día que entró con cara de convencida por la puerta del taller.

—¿Usted sabe dibujar árboles? —preguntó mientras caminaba de un extremo al otro.

—Sí, sí. Los dibujo igualitos igualitos.

—¿Y pericos? ¿Podría dibujar cuatro pericos en un árbol de abedul?

—Claro. Mis trazos serán seguros y voy a aplicar escalas. Le va a encantar el resultado final. Y si usted quiere un abedul, pos... tendrá un abedul aunque tenga que copiarlo de la enciclopedia.

La señora se fue, no sin antes mencionar que necesitaba el trabajo terminado con un rótulo que indicara con letra de molde: “Vivero los dos Pericos”.

El Chato dejó disparar su don. El color verde siguió al morado y el azul al colorado. En dos horas estaban los pericos asomados en el dibujo y al día siguiente llamó a su clienta para que pasara a retirar el trabajo, ya montado sobre un triplay y listo para colgar. La mujer llegó temprano.

—¿Y? ¿Le gusta? —interrogó el Chato sin un atisbo de duda.

—Mmmh. Está bonito. Pero siento que le falta algo...

El Chato miraba el trabajo preguntándose qué le faltaría Y ahí apareció el fantasma de siempre, revoloteándole en el cerebro otra vez. Era el miedo a no poder cobrar. Miró a la mujer, y el gesto de su boca apretada denotaba cierta insatisfacción. Ella comenzó a girar la cabeza de un lado hacia el otro, como diciendo muchas veces que no y luego, mostrando su peor cara de decepción, rompió el silencio con voz infantil y remató casi gritando: “¡Es que los pericos no se mueven!”.

De las manos del Chato se desvaneció el frasco de vidrio con la pintura rojo bermellón, rompiéndose en pedazos al instante. Esa pintura, tan cara, que le habían traído desde Londres y que jamás podría reponer.

MARIANA GARCÍA

¿QUÉ HUBIERA PASADO SI EN
LUGAR DE DECIRTE ADIÓS TE
HUBIERA DICHO TE QUIERO?

La oscuridad de la noche la acompañaba como muchas veces lo ha hecho a lo largo de los años en los que vio pasar el tiempo sin tenerlo a su lado. Era un lunes como cualquier otro, ya habían transcurrido diez años desde que empezó a gastar sus noches de esta forma: a puerta cerrada en su habitación, con una copa de vino en una mano y en la otra un lápiz con el que narraba en su diario su historia a sus amigas, aquella historia que no se atrevía a contar en voz alta por miedo a que su corazón no lo soportara.

Había perdido la cuenta de cuántas veces buscó las palabras para poderle hacer justicia a lo que sentía, así que ahora procuraba solo dejarse llevar.

El tic tac del reloj es el único sonido en la habitación, estoy recostada en mi cama como tantas veces lo he estado, y pienso en ti.

El sentimiento de incertidumbre me invade de vez en cuando, la necesidad de saber si el hubiera existe en algún otro universo, si fuimos felices juntos en otra dimensión, aunque en la actual ya no me acuerde de tu voz.

Tic tac, continúa el reloj avisándome que el tiempo está pasando, y como todas aquellas noches previas en las que no pude dormir, estoy pensando en ti.

El recuerdo de haberte amado cuando éramos unos niños que no sabían lo que era amar invade mi mente, pero la felicidad de recordarme amándote se ve nublada cuando recuerdo el poder que tuvieron mis palabras la última vez que nos vimos.

Era agosto, el mundo se estaba acabando. Decidimos tomar un avión y escaparnos de nuestra realidad por unos días.

Recuerdo cómo me besaste y cómo la luna guardó nuestro secreto.

Recuerdo tomar tu mano por las calles sin preocuparme de quién nos estaba viendo.

Recuerdo haber descubierto que eras lo que yo quería, aun después de tantos años amándote a distancia.

Pero de lo que más me acuerdo es de haber tenido miedo, miedo de amarte aún más de lo que ya te amaba y miedo de que ese amor me desgarrara por dentro el día que te fueras, así que decidí irme yo y antes de que te despidieras de mí con un beso, bajé la mirada y te dije adiós.

Es así que te pregunto, porque yo ya no sé qué responder. ¿Qué hubiera pasado si en lugar de decirte adiós te hubiera dicho te quiero?

Terminó de escribir sin derramar ni una sola lágrima y por primera vez dudó si lo seguía amando, quizá era verdad que todo tiene fecha de vencimiento o quizá por fin se pudo perder en otros ojos.

MADMOISELLE FIFÍ

Mis ojos se abrieron al escuchar el estruendoso ruido de la tormenta que acontecía fuera de mi ventana, levanté mis manos frente a mis ojos y pude observar las cicatrices que las cubrían, el accidente no había sido un sueño, pero para que hayan alcanzado este nivel de cicatrización tuvieron que haber pasado semanas, si no es que meses. Bajo mis piernas de la cama. Me dirijo hacia el espejo, la imagen ante mis ojos es de horror, incluso absurda, ¿dónde quedó la cabellera larga digna de una princesa como yo?, ¿qué son esas líneas que desfiguran mi rostro?

—¡Madmoiselle! —escucho una voz familiar a mis espaldas. En la oscuridad apenas puedo distinguir el rostro ovalado de Lucía.

—Soy alteza para ti, Lucía, ¡no te olvides!

—Lo siento, madmoiselle, pero lamento informarle que el rey le ha despojado de su título.

—¿Como es eso posible?

—¿Se ha visto en el espejo?

CARLOS FERNANDO GONZÁLEZ ORONIA

HOLA

Llevaba un rato sentado, descansando del infame problema en el que me había entrometido, cuando volteé y me detuve un momento para mirarte a ti... Sí, a ti, lector. Volteé a verte y te saludé, pero no me devolviste el saludo. ¿Por qué fue que no lo hiciste? o ¿es que no lo recuerdas? ¡Cómo es que no lo recuerdas!

¡Bah! ¡Pues claro!, cómo lo irías a recordar. Seguramente solo fui un cuento que leíste por aburrimiento o porque no tenías nada mejor que hacer. ¿Sabes?, es curioso cómo lo que para mí significó uno de los eventos más importantes de toda mi existencia y para ti solo fue algo insignificante, como una mascota, cuya vida se basa totalmente en su dueño, y para su dueño la mascota solo es una cosa más dentro de la gran cantidad de eventos y temas por los que pasa todos los días. Solo que en esta ocasión, yo dependo totalmente de ti. No existo si no es por tu imaginación, no trasciendo más allá de un pensamiento que cruza por tu mente en este momento y que en unos momentos más desaparecerá. Ni siquiera me escuchas con mi verdadera voz, tal vez me imaginas con una voz de alguien que conoces o incluso, tal vez, con tu misma voz.

De cualquier manera, cuando llegues al punto final de este texto, el cual puedo sentir que no está muy lejos, desapa-

receré, tal vez para siempre o tal vez hasta que vuelvas a leer esto y reinicies este evento en el que hablo contigo.

Bueno, ahora sí estoy alcanzando los últimos renglones de mi existencia y en estos solo quiero agradecerte por darme oportunidad de vivir en estos momentos. Realmente no estoy seguro si tuve una buena vida o no, el escritor no me lo dijo, lo único que sí sé es que disfruté estos momentos contigo y que a pesar de que me vayas a olvidar pronto, yo nunca te olvidaré. ¡Agh!, no quiero ponerme triste, hice cosas muy buenas mientras existí, incluso podría decirse que cumplí mi propósito en esta existencia, ¡Sí, es cierto!, sí lo cumplí, hablé contigo en estos momentos, lo cual me hizo feliz y no hay mayor propósito que ese, el de ser feliz, así que creo que ahora puedo terminar este texto en paz. Gracias, lector, adiós.

*JOSELINE TSUNAMY
GUEVARA URTUSUASTIGUI*

TARDE DE SOLIPSISMO

Nada es real a menos que lo crea. Y si dejo de creer en mí misma, ¿entonces en qué me convierto?

Últimamente he notado que mi vista está fallando a la par de mi memoria. O al menos eso dicen los demás.

Desde los inicios de mi infancia, he vivido en una casa hogar. Un lugar relativamente pequeño, con camas para cinco personas que compartimos entre diez. Me he acostumbrado a estar rodeada de gente, conversar, compartir pensamientos, pelear a la hora de la cena, reconciliarnos a la hora de dormir. Así funciona. Es la consecuencia de haber nacido en una ciudad que me repudia por existir sin una ascendencia. Siendo hija de sujetos olvidados, soy igualmente olvidada por los demás.

Aunque no soy creyente de que mi vida es una base de lo que soy, sí considero que ha afectado lo que podría ser. Durante los últimos años de mi vida me he desenvuelto por las calles de la subsistencia. Sé que el mundo no va a cambiar y no lo puedo culpar.

Los políticos que se ven en televisión, sonriendo y saludando a la multitud, no se interesan por la gente que pasa por las cosas que yo he pasado. Nos dan cheques que se sienten vacíos y sonrían ante las cámaras hasta cansarse. Las celebridades se codean con personas de su nivel, deslumbrando

lujosos autos y joyas de diseñador, sin voltear la vista hacia aquellos del mundo real. Ni siquiera Estela, la mujer que me ha vigilado desde que llegué al hogar hace veintidós años, puede decir que notaría si alguno de nosotros se marcha. Siempre es igual. Es por ello que he dejado de poner mi esperanza en la piedad de las personas y en sus corazones. Aunque duele, porque extraño el amor que sentía por esa fe.

He dejado de creer en las personas poderosas y lo he dicho varias veces. Estoy dejando de creer en la realidad y todo lo que trae de su mano y temo estar dejando de creer en mí.

Desde que mi cabeza enfrenta estos pensamientos, mis recuerdos se han nublado sin advertencia. La primera vez que lo noto es al ayudar a Estela en las labores de la casa. Me encuentro limpiando el piso de la sala principal, cuando comienzo a ver que los cuadros enmarcados se desvanecen a la velocidad de un parpadeo. Entonces me fuerzo a soltar la escoba y empiezo a frotar mis ojos. Al volver a abrirlos, no hay señal de ellos en la pared. Esto se ha repetido varias veces pero nadie más parece percatarse.

Esto vuelve a suceder a la hora de la cena. Estela está poniendo los platos sobre la mesa contándonos sobre una nueva receta que aprendió. Raquel y Olivia, las más pequeñas del hogar, recogen sus juguetes del suelo mientras se burlan de mi peinado: un flequillo mal acomodado. Entonces le pongo atención al periódico que Matías está sosteniendo. Hay una imagen de dos hombres en traje, saludándose mientras sonríen en una ceremonia. El encabezado menciona que se ha reducido exitosamente el nivel de contaminación en la ciudad y se hará un evento para celebrarlo. Suelto una carcajada, pensando en el patio de la casa que los peatones usan como basurero.

—¿De qué te ríes? —pregunta Matías, bajando el periódico y girando los ojos en señal de enfado.

—Sólo creo que es irónico que digan que el ayuntamiento ha logrado algo así cuando vivimos a lado de una pila de basura —respondo, señalando la portada mientras continuo

riéndome. Noto que Matías me observa con confusión y paro de reír, hasta mirarlo de la misma forma.

—No entiendo de qué hablas, Miranda.

Suspiro y le quito el periódico de las manos para mostrarle la noticia. Al tener el pedazo de papel frente a mí, veo que la sección se encuentra en blanco. Me quedo callada, sin nada que responderle. Doy un rápido vistazo por todas las hojas, buscando frenéticamente lo que acabo de ver hace unos momentos. Ahí me doy cuenta: debe estar tomándome el pelo.

—Muy buena broma, Matías. Pero ya fue suficiente, devuélveme la hoja.

—¿Qué te está pasando? No sé a qué te refieres.

—La noticia del ayuntamiento, la que tienes guardada —comienzo a molestarme y a buscar por debajo de la mesa, pero no veo nada.

—¿Acaso enloqueciste, Miranda? ¿Ayuntamiento? Me preocupas —dice al levantarse del comedor, ignorando el plato de comida frente a él. Raquel y Olivia siguen a Matías, pidiéndole que juegue con ellas.

—Como sea, puedes seguir inventando palabras mientras no estoy. Tengo cosas más importantes que hacer.

Cuando se aleja, me quedo sola en la mesa. Veo las páginas una y otra vez mientras mis manos se llenan de tinta, pero sigo sin encontrar aquella imagen que voló de mis ojos como un rayo.

Matías es solo un año menor que yo, por lo que no dudo que esté tratando de jugar conmigo. Sin embargo, una parte de mí se siente abrumada por lo que sucede. Sé lo que vi, ¿por qué los demás no pueden verlo? Me siento pequeña.

Estela se acerca a mí para preguntarme si pienso comer lo que está en mi plato. Ni siquiera lo había notado, no tengo hambre.

—A veces me molesta la actitud de Matías —comento al aire, esperando una respuesta de su parte.

Se ríe y continúa limpiando la mesa, sólo observándome de reojo. Suspiro y vuelvo a hablar.

—Estela, sé que te he preguntado esto antes pero, ¿has notado que las cosas... no se quedan en su lugar?

En ese momento, deja de recoger los platos y me mira de la misma forma en que Matías lo ha hecho antes. Mi estómago se encoge. Aun así, me quedo callada hasta escuchar sus palabras.

—¿Qué dices? —pregunta mientras sostiene los platos cerca de su pecho, exhalando en señal de disgusto por mi pregunta—. ¿Esto es por lo mismo de anoche? ¿Tus “cuadros” que desaparecen?

—No estoy loca, Estela. Sé lo que vi —tengo la vista fija en la mesa, intentando evitar que las lágrimas se escapen de mis ojos—. No sé por qué nadie más lo ve, ni por qué se niegan a creerme. Pero lo que vi fue real. Los cuadros en la pared, con el senador en la imagen, ¡de aquella vez que vinieron a donar un cheque para la casa! Estaban ahí y ahora parece que nadie los recuerda...

—Miranda...

—¡Y el periódico! ¡Esa hoja estaba ahí! ¡Matías debió haberla visto! ¿Y si no lo hizo? ¿Qué dice eso de mí?

Estela me interrumpe. ¡Puedo sentir su cansancio en mi propio pecho y me arrepiento de haber hablado.

—Miranda, ¡ya basta! —exclama con fuerza, mirándome a los ojos—. Yo sé que te encantan las historias mágicas y todo eso, pero si quieres inventar algo, ve y cuéntaselo a Raquel y a Olivia, no a mí, que tengo mucho que pensar ahora. Me están pidiendo el pago de la renta y no sé cómo me encargaré de esto este mes.

—¿La renta? Pero eso nunca ha sido un problema, las personas donan; el senador siempre se hace cargo...

—Deja de inventar tus palabras. ¿Senador? Miranda, te quiero tanto como los demás en esta casa te quieren, pero no te comprendo.

Trago saliva a causa de los nervios que siento en mi interior. No entiendo qué está pasando, me siento vacía observando a Estela perder su fe en mí, me doy cuenta de que estoy perdiendo mi fe en ella. El ayuntamiento siempre se ha encargado de pagar las deudas de este hogar, ¿y de repente niegan que alguna vez fue así? Entonces veo que las paredes comienzan a tornarse blancas, entre un humo gris que las envuelve; mis manos están temblando. Necesito su apoyo para salir de esto y ni siquiera eso tengo.

En medio del pánico, volteo hacia atrás rápidamente, no hay nada ni nadie. Cuando quiero advertirle a Estela que debemos huir, ya no se encuentra en donde estaba. En su lugar, queda una nube de humo gris que se expande por la casa.

Corro por los pasillos buscando a los demás chicos al mismo tiempo en que la atmósfera se transforma. El piso, antes de madera hueca y marrón, se torna blanco mezclándose con el alrededor. Asomo mi cabeza por las habitaciones sin vista de alguien. El miedo me acorrala mientras continuo avanzando. Estoy sola, aterrada y necesito escapar.

Grito cada nombre que recuerdo: Raquel, Olivia, Matías, Estela... Entre más fuerte alzo la voz, más distante se escucha. Como si no me perteneciera a mí, si no al eco de la casa. En un intento de encontrarlos, huyo hacia la puerta principal. En medio de mi escape, observo de reojo por las ventanas. Afuera está el sol brillante y un cielo despejado, tan azul como cada mañana en que me desperté maldiciendo al mundo.

Me acerco a la salida desesperadamente, al momento en que mi mano toca el picaporte y atravieso la puerta, entro en un agujero sin color.

Mi entorno, antes rodeado por calles, edificios y nuestra pequeña casa hogar, se cubre por un espacio totalmente solitario, en blanco y sin rastro alguno de lo que formaba mi vida. Vuelvo a gritar sus nombres: Raquel, Olivia, Matías... no hay respuesta. Así que me siento, en medio del pánico,

para tratar de encontrar consuelo en mis propios brazos con un abrazo sin forma.

Entre el temor que invade mis huesos, trato de teorizar la razón por la que está pasando esto. Al intentar indagar en mi memoria, me topo con recuerdos de rostros difusos. Las personas que antes eran mis amigos, mis conocidos y mi familia, forman parte de aquellos que desaparecieron de mi fe y ahora, de mi existencia.

Pasa el tiempo, o lo que pienso que son horas, esperando el regreso de lo que antes conocía como mi hogar. Desespero sin saber qué hacer para que vuelvan. La culpa me ahoga y cuando estoy por rendirme en la esperanza de poder lograr algo, veo la misma niebla saliendo de mi brazo. Entonces comienzo a calmarme hasta convencerme que podré encontrar la manera de devolver mi realidad.

Así es como me doy cuenta. Soy todo lo que me queda. Y si dejo de creer en mí misma, temo desaparecer también.

ALFA TAO HERNÁNDEZ LUCERO

¡EXTRA, EXTRA!

¡Nació el primer bebé con *iPhone* incluido!

Y no importó que naciera con el dispositivo integrado en su mano: en vez de palma y dedos, pantalla táctil. Tampoco llamó la atención que rompiera la regla de fidelidad generacional de su familia por *Android*. Pareció irrelevante que los niveles de triglicéridos, glucosa y colesterol estuvieran por los cielos y que su sangre, en vez de roja, al contacto con el oxígeno se coloreara primero de azul y luego de rosa.

Mucho menos inquietante fue que, durante su trayecto a través del canal de parto, el dispositivo donde se reproducía la música del obstetra cambiara abruptamente la reproducción del “Himno a la alegría” de Beethoven por una *playlist* retro de Spotify que daba inicio con la canción “Cerdo” de Molotov.

Y oiga usted esto: ni a los allí presentes, ni a las benditas redes sociales, les perturbó que antes de llorar, el nene se tomara una *selfie* y expusiera las partes privadas de su madre en Instagram.

Lo que a todos irritó ¡fue que naciera zurdo!

EN LAS TINIEBLAS DE MORFEO

A veces, cuando salimos por las tortillas o al supermercado, me dan muchas ganas de ladrar. Bajo el vidrio del carro, el aire me alborota el cabello y yo a los canes de la cuadra. Mi esposo ya se acostumbró. Su amor no tiene límites y, por extraño que parezca, acepta la convención de salir acompañado de una cachorra pastor alemán. La raza, sin embargo, es un tema de discusión recurrente: él cree que mi ladrido se parece más al de un chihuahueño adulto.

No tengo necesidad de disfrazarme: mi alma es perruna. No como croquetas. Pero cuando me gusta la comida, lamo el plato hasta dejarlo limpio. Tampoco me importa chuparme los dedos mientras ingiero los sagrados alimentos, ni bajar las escaleras de la casa imitando a un ser canino que intenta cantar.

El otro día, en YouTube, vi a un tipo que se cree perro. Usa un disfraz de dálmata y desea ser aceptado como el primer humano transespecie. Intenté no hacer juicios al respecto, pero no lo logré: eso sí me pareció extremo. Pausadamente, ese hombre ha transformado su estilo de vida humano, al punto de abandonar su trabajo, pasar horas retozando en el jardín, dormir en una especie de jaula y todo ello con supervisión de su exesposa. Por más que lo intento, no imagino a mi marido sirviéndome un platón con croquetas o sacándome a *miarbolar* junto a las azucenas del jardín. La no-

ticia me dejó perpleja en grado superlativo y desde entonces he experimentado los sueños más extraordinarios.

Antenoche desperté con una bolsa de desperdicios en el hocico, rascando la tierra con las patas delanteras, angustiada por ocultar mi botín en un lugar seguro, mientras un río de cucarachas se desplazaba sobre la acera izquierda. En otro nivel del sueño, recordé que Zeus, el perro de la vecina, había convocado a todos los seres caninos de los alrededores para vaciar los botes de basura antes de que pasara el camión del Municipio. La consigna era adueñarse de la mayor cantidad de desperdicios posible, incluyendo alcantarillas y lotes baldíos. El fin del mundo se acercaba: ¡reservas para tiempos de hambre! Zeus creía que, por carroñeros, los perros seríamos los únicos capaces de sobrevivir a un fenómeno de tales dimensiones.

Me levanté de la cama con una arcada ensordecedora. Mi cabeza se hundió en el hueco del retrete intentando liberar aquella espantosa quemazón ascendente del epitelio esofágico. Me lavé los dientes tres veces con un cepillo nuevo en cada ocasión. Hice gárgaras y buches con bicarbonato, vinagre de manzana y enjuague bucal, usando cada producto por separado. Luego me dirigí hacia la recámara. Mi esposo roncaba con una mezcla de gemido canino y lirón aletargado. Me acerqué al tapete peludo que tengo a los pies de la cama y me coloqué en cuatro patas con la intención de regular la respiración: inhalando en gato con la espalada arqueada hacia arriba y exhalando en vaca con la espalada curva hacia abajo, como en la clase yoga.

Después me tumbé sobre la espalda, cerré los ojos y escuché un estruendo que perturbó todas mis fibras nerviosas. Al escucharlo, Sabina se estremeció y tiró con tal fuerza de la cadena sujeta a mi mano, que tropecé con una banca de concreto y caí de bruces contra el suelo con el cuerpo tendido en un desmayo. Pero Sabina (Joaquín, el que andaba en busca de pastillas para no soñar) era en realidad Zeus, que en esta oca-

sión huía cobardemente sin saber a dónde ni de quién. Cuando recobré el conocimiento y levanté la mirada, una parvada de aves que estaba a unos veinte metros de mí se disputaba un bulto que a primera vista no logré identificar.

En medio de la revuelta, Sabina aullaba de dolor. Tenía que rescatarlo. Un grupo de gaviotas lo picoteaban por turnos. Con el tobillo roto y un pulmón a medio colapsar, me incorporé y comencé a capella la última parte del aria *La Mamma morta* que resonó por todo el Malecón.

Las gaviotas comenzaron a volar en círculos cada vez más amplios hasta perderse en el horizonte. De golpe, me despertó el camión del Municipio con un grito que hizo temblar en su centro la tierra: ¡La basura! ¡La basura! El reloj marcaba las 9:18 de la mañana y los empleados del departamento de limpia anunciaban su llegada triunfal en espera de la consabida propina.

Anoche, pese a mi férreo afán de permanecer en vigilia, el cansancio me venció. Escuché un fino repiquetear de patas. Mi olfato no anda muy bien desde que vomité, pero mi oído está tan desarrollado como el de un Schnauzer. Al prender la luz, sobre la pared de la cabecera, vi claramente cómo se desplazaban un par de cucarachas, que en cuestión de segundos se convirtieron en decenas y luego en un impetuoso río de insectos que marchaban organizadamente como una tropa militar. Yo, sujeta a mi cordón de plata, me veía girando en círculos concéntricos, persiguiéndome la cola y ladrándole a la pared, sabiendo que la premonición de Zeus era auténtica.

El fin del mundo se acercaba, pero el único sobreviviente sería Kafka.

MARÍA LIZETE GUIZA LEGASPY

ANTHONY QUINN

En pocas ocasiones quisiera tener su presencia. Me basto sola, pero en momentos como éste, sería cómodo pasar la responsabilidad de tomar la decisión a cualquier otro. Quisiera salir corriendo y tampoco puedo. La tormenta no cesa y estamos en medio de la nada.

La veo en el retrovisor y está pensando. Como yo, levanta la mirada y hacemos una mueca a manera de sonrisa lamentada; encogemos los hombros al mismo tiempo porque somos un espejo. Atoradas en esta inmensidad con apenas un pico de batería y combustible, empiezo a pensar en las opciones cuando a hilo de voz viene con otra anécdota que no me interesa escuchar, ahora sobre una película.

—Era guapísimo, Anthony Quinn. ¿Sabes? Se llamaba Antonio Reyna, pero le cambiaron el nombre para hacerlo estrella. Se hizo en Hollywood, el de entonces, el de de veras. Vestido de esquimal con aquellos rasgos oaxaqueños era guapo, altote y sí parecía muy esquimal.

Me pregunto cómo hace para mantener el ánimo.

—La película se llamaba *Salvaje inocente* o algo así. Deberías buscarla en la máquina, se me quedó grabada desde entonces.

Si me platicara de su tiempo en Veracruz para calentar el alma, pero ¿de Alaska? Seguro lo hace para estar a tono con las circunstancias.

—Estaban tan enamorados, tan unidos. A tu abuelo le gustó más el personaje extranjero, sus rasgos europeos, las armas y saberse superior, como si le faltara convicción al difunto español, Dios lo tenga. A mí, la honestidad de la tundra.

¿De qué está hablando?

Si tan solo estuviera vivo y aquí el único difunto, habría quien ordenara la toma de decisiones y la sobrevalorada objetividad. O si mejor pudiera yo quitarme el corazón y hacer lo que corresponde.

—Para salvarlos, al esquimal no le quedó de otra que salir huyendo con su mujer, su hijo y su suegra y en medio de una tormenta se echaron a andar. ¿Te imaginas la escena en blanco y negro de aquella tormenta blanca en la pantalla del Cine Anza? Y aquel oso polar oliendo la carnada. Ahí se quedó, dormida la anciana, en el medio de aquella tormenta, sin la cubierta de piel de animal, para dar vida en todos los sentidos.

Las dos hacemos un silencio sin quitar la vista entre nosotras. Sin mayor explicación, las circunstancias nos obligan a tomar una decisión y nos dejamos llevar por el sueño, como espejo, una de la otra.

EL ARETE

Apenas abro el cajón y encuentro el arete de la abuela, ese que tanto buscó, por el que pasó rabietas y desasosiego por meses antes de que se asentara en ella el Alzheimer. Siempre pensé que esa demencia no era más que de rebeldía, esa que no se había dado derecho a expresar desde jovencita, pero que la acompañó de corazón y huesos hasta que se postró en la ausencia.

Lo vuelvo a ver de cerca, me imagino las emociones de la joven y la mujer que los llevaron puestos... el par, me refiero. La imagino garbosa, sabedora del secreto, de la emoción intacta al regalo, la mirada y la caricia. Ella era adolescente y él le había puesto la capa de su uniforme como tapete sobre el charco en Ameca, el terruño, para que no ensuciara su paso. Era la primera vez que recibía una atención, y nunca olvidó la sorpresa ni los ojos negros de aquél capitán oficial del ejército.

Encuentro el arete yo, ahí, en ese cajón que tanto abrimos y removimos y que me gustaba fisgonear desde chiquilla mientras escuchaba las historias que contaba con emoción discreta y sonrisa pícara aunque solo fuera con el rabillo del ojo. A nadie se lo había contado, a ninguna de sus hermanas, ni a las tías de Tijuana, ni a las hijas. Solo a mí, que me gustaban las historias y pasar tiempo con ella y la merienda en su casa de muñecas.

Me había confiado también, desde hace tanto, que quería la vistiera con su vestido de fiesta para irse de aquí. A la hora de despedirla, las hijas habían optado por algo apropiado a las circunstancias de ellas. No le tocó darse el gusto. Aun así, quiero pensar que se lo di yo, porque al ponerle el solitario arete entre las manos, sentí un movimiento discreto de sus dedos fríos.

Me convenzo de que se llevó el feliz recuerdo en secreto y que regresó etérea a buscar hasta encontrar el par.

ODILIO

Como siempre, lleva retraso; unos cuantos minutos, pero va tarde. Si las clases terminan a tiempo y los alumnos salen de prisa, es la conversación explicada de los asuntos y temas fiscales la que va a retrasar la llegada a las citas recién programadas de la tarde. Algún cliente formal o algún alumno interpone un comentario y el tiempo se expande pero nunca se contrae. Hoy hace calor y Odilio prefiere deshacerse de cualquier tema pendiente, pues quedaron ya de atender a la nueva clienta.

Viene recomendada. Una hora, cuando más.

Por el móvil, le da instrucciones a Patricia para que haga la canalización sin detalle. Tranquila, al cabo se trata de la primera sesión. Seguro no hay qué explicar, se dice, la primera es siempre un ensayo de los temas atorados: la clienta irá despepitando sus problemas y sus tristezas hasta encontrar, con las intervenciones de sanación, las respuestas que busca. Siempre es igual, aunque ahora el que está realmente atorado es él. No es que sienta remordimiento por cobrar un rito manipulado con la voz y las palabras, cobra bien y con parsimonia. Se le ha quedado atorada la duda de si aquello de la sanación era la propia. Nada le consta.

Esta actividad secundaria empezó después de un fin de semana en silencio, cuando subieron a la sierra de Juárez y

tuvo que quedarse solo en una cabaña con una gripe de marca que le hacía temblar y sudar frío. Nunca supo si fue un sueño o no, solo le quedó grabado escuchar clarito que sus manos sanaban y que sus mantras y limpias trascendían. Primero fue el reiki, un curso que le cayó del cielo; después, las ceremonias de luz plata y trasmutaciones violeta, egregores, merkabahs y cuanto más, todo incorporado en un solo paquete que le venía como inspiración más que ocurrencia y que igual servía para el propósito.

Pronto, las clientas más emocionadas empezaron a llamarlo Maestro. Eso sí caló y por supuesto que le otorgó, desde aquel momento, calidad iluminada a las experiencias personalizadas. El título legitima cualquier esfuerzo.

Llegando al patio pelón donde hace las sesiones, el encuentro es con Patricia y la mujer que espera torcida sobre la silla. Va a sanar, le dijeron, y espera enderezar las extremidades deformadas. Es tal la impresión, que Paty lo ve aún más asustado que a ella y sabe que el tic del ojo y el sudor que le corre a chorros por el rostro tienen que ver con la duda.

No queda más que saludar y empezar escuchando los pormenores de su estado: hace diez años que su cuerpo empezó a torcerse y la medicina no pudo explicarlo. Ha probado cuanto tratamiento y remedio. Le dijeron de un médico americano que inyecta las articulaciones con alguna sustancia y ha venido desde el otro extremo del país, pero éste, al verla, dijo que nada podía hacer. Fue la recepcionista quien le dio la información de Odilio y de ahí la cita. Pero esta vez solo tienen una oportunidad: a la mañana siguiente toma el vuelo de regreso. Los terapeutas se ven a los ojos, encojen los hombros y deciden hacer la sesión “por no dejar”. Hoy, la canalización no tiene sentido. Primero la invocación seguida de trasmutación y reiki. Cierra con la limpia de los canales energéticos y los mantras correspondientes.

Cuando todos abren los ojos, Odilio tiene la camisa en-sopada y el tic del ojo es ya dramático, le provoca vergüen-

za. Busca la mirada de la mujer. Se desean bienestar, recibe el pago con ambas manos y una ligera reverencia. Cuando ya no es visto, se deja caer sobre la silla. Ahora le pesa la conciencia. Está cansado y el movimiento involuntario del ojo empieza ceder. Tal vez sea momento de dejar de timar a las personas. Es solo maestro de universidad y contador y aunque no tiene un despacho reputado, sabe que es bueno en ello.

La mujer, sin embargo, se retira con menos dolor y algo ligera. Nunca sabrá explicar la paulatina recuperación de su postura.

ENRIQUE DE JESÚS LINARES TOVAR

PERDIDOS

Tocaron la losa en el suelo. Nada había en este mundo para explicar, con su buen ojo de diseñadora, el porqué la anterior dueña de la casa había puesto un bloque de piedra en plena sala.

—¿No dijiste que quien la construyó era buena diseñadora? —preguntó el amado a su amada.

—Al parecer lo era. Quizá se fatigó creativamente, y solo no se esmeró en su propia casa.

—Qué tristeza. —Guardó segundos de silencio, para volver a hablarle como si nada hubiera pasado.

—En fin, Ana, necesitamos decorar nuestra nueva casa, y esto nos estorba para el estilo chic sureño que querías.

Sincronizándose, los recién casados levantaron la losa, que resultó ser más ligera de lo que esperaban, de entre el suelo de madera, para encontrarse debajo con un impacto mayor que el aparente mal gusto de la anterior inquilina. Y los dos de pie en la sala, viendo hacia el suelo, contemplaban una oxidada rueda de metal, un punto más allá de lo que el hierro podría aguantar, pensaron. Con agarraderas a cada lado, y una prolija inscripción, reluciendo como sombra en su superficie.

—Tócala tú —dijo ella.

—No, tócala tú. ¿Por qué quieres que la toque? ¡El tétanos!

Le respondió con una patada juguetona, mientras ambos intentaban evadir el escalofrío que les invadía la espalda. Vieron los símbolos sobre su superficie, cuando tuvieron que mirarse a los ojos.

—No tengo idea de qué idioma sea, pero esto no me gusta —musitó él, algo atemorizado.

—No puede ser, ¿también lo entendiste?

—Sí, pero ni siquiera sé qué idioma sea.

Cual fuera la lengua muerta que posaba frente a ellos en esa inscripción, habían entendido su significado, tan claro como la presencia del otro frente a ellos.

*Padeced de todas las mentiras de este mundo.
Ella será despertada.*

—¿Ella? ¿Quién es ella?

—No sé, pero insisto, no lo voy a tocar.

Y entre broma y broma, queriendo aligerar su tensión, las cosquillas que se hicieron hablando de un tal mal liberado, tiraron al esposo sobre la rueda. Raspó su muñeca derecha lo suficientemente profundo como para no necesitar más que unas gotas de yodo sobre la herida.

Esa noche, recordaron la carta legada por la anterior dueña, último detalle que considerarían al estrenar su casa la semana pasada. Nada importante podía ser, si no les fue entregado el mensaje verbalmente.

Ella, con calma, retiró el plato de su cena, y tomó la carta que posaba al centro de la mesa. La abrió delicadamente, para hallar una hoja escrita con lo que no parecía otra cosa que sangre ahora seca.

No construí esta casa para mi habitación, sino para su prisión. No le hablen, ni le dirijan la mirada. Esa embustera será seguramente mi ruina, incluso sin saber cuánto tiempo de vida me quede. Pero no toquen la losa.

Quisiera volver a estar sola, pero...

Y esta mujer levantó el rostro, sintiendo una fija mirada sobre ella. No alcanzando a ver alguien más que su esposo, volteó al suelo. Esos símbolos, le estaban viendo. Incluso sin ojos, sin vida, tenían su mirada en ella.

—¿Hueles las manzanas?

Ella saltó de su asiento, al escuchar algo real, de alguien tangible, frente a ella.

—¿Disculpa?

—Si hueles las manzanas, pregunté —respondió él, mirando al suelo detrás suyo.

—Huelen muy bien. ¿Hiciste un pay y no me dijiste? —Continuó sin dejar de observar la rueda.

—Evo, ¿qué quieres decir?

—No juegues conmigo, sabes que huele delicioso.

Ella alzó un poco su nariz, para intentar percibir algo, pero no olía nada. Antes de que ella pudiera decir algo más, vio a su esposo, arrastrándose lento hacia el suelo. Extendía su lengua, como queriendo saborear el aire mismo, hasta que, para su terror, llegó a la losa. Ana observaba aterrada, queriendo vomitar al ver a su esposo arrastrándose, con su lengua succulenta gozándose del óxido en ella.

Volviendo en sí, Evo guardó su aliento para verse sobre la lápida al suelo, con el corazón palpitando casi fuera de su pecho. En su paladar sentía el amargo del hierro, casi de sangre. No, no era de su herida. Aunque al observarla, no era tan sutil como antes.

—Ana, pero parece que... —contemplaba su herida, que le parecía verse cual quemadura viva. Se detuvo junto a su corazón, viendo a una dama alta, vestida de grises encajes, de pie sobre el vientre de su esposa.

—¿Ana? —preguntó esperando tener una respuesta, pero el sabor en su boca parecía solo empeorar a cada segundo.

—¿Qué le está haciendo? —Se dirigió a la figura que los acompañaba, sin animarse a dar un paso más, pese a querer retirarla de inmediato de su amada.

No parecía tener peso, ya que el vientre en que se posaba no parecía estar aplastado..., pero tampoco los ojos de su esposa parecían moverse, cual con una veladura grisácea en su superficie. Pasmado, siguió insistiendo.

—¿Qué hace aquí? ¿Qué le hizo? —le gritó directamente, dando un par de pasos, preparándose para arremeter contra lo que no entendía más que por espectro de alguna clase.

—Yo he despertado y ella ahora duerme. Así son las cosas —cerró su sentencia la pálida mujer, con una autoridad en su hablar que Evo jamás había escuchado. Ni siquiera parecía que su voz resonó en el cuarto en que estaban, aun cuando vio esos labios muertos moverse ante él.

—¿Duerme?

—Y tú tocaste primero la losa... Te agradezco tu sacrificio. El sacrificio de ambos, pobre alma. Te dedicaría más palabras, aunque ahora todos estén perdidos.

—Pe... ¿perdidos? —Él detuvo sus palabras, para sentir que de su boca manaba sangre, tibia y pura.

Extendiendo sus brazos, la mujer cerró sus ojos para decir una plegaria, y toda la luz en el lugar pareció extinguirse lentamente. Incluso el tenue brillo de la luna cedió ante su voz.

—Esta humanidad pecó de nuevo. Una y otra vez —decía decadentemente—. Y yo estoy aquí, ya que han cerrado el pacto. Nadie pecará más.

FIFÍ

¡Cómo me duele seguir pensando en Madmoiselle Fifi! Elegante señora, ochenta y nueve años, largo y sedoso cabello vestido entonces de plata, tez morena llena de vida y arrugas por igual... Era mi vecina, solo separada por una casa más a la izquierda de mi cuadra.

Cada amanecer, podía verla ceremoniosa, casi etérea, abriendo la puerta de su casa a las 6:55. Se quedaba bajo el dintel, sin parpadear, ni mirar nada más que el vacío frente a sus ojos. Y a las 7 en punto, siempre que la observé, sin falta, avanzaba para parecer una señora normal, de avanzada edad, aferrada a sus elegantes costumbres, según decían.

Porque mucho era lo que decían, y poco lo que sabíamos en la zona, a ciencia cierta. Algunos creían que venía de Francia, con un trágico pasado que procuraba olvidar... Según a quién preguntaras, podría haber sido la muerte de su esposo, dado por un accidente en el muelle de Veracruz, apenas pisando tierra mexicana. Otra versión que escuché es que su hijo, a los 5 años de edad, cayó por el pozo en el patio de su casa, deslizándose hacia su muerte, y desde entonces, no volvió a alzar la voz, con nadie, por nada. El color de su piel me distraía a veces de la creencia de ser genuinamente francesa, pero yo y mis estereotipos... ¡En fin!, siempre quise saber un poco más

del detrás de tan sombría apariencia, mezcla de noche y alcurnia bajo el calor de Parral.

Un día opté por romper con mi temor para extender mi mano en seña de saludo por la mañana, pero don Ignacio, el vecino cuya casa me separaba de tan alta y misteriosa señora, me pidió callar de inmediato. Corrió desde su mustio jardín en mi dirección, y me pidió, por más que me cegara el deseo de conocerla, no hacer más contacto con ella. Pedí una explicación, pero él solo me habló sin una secuencia clara de sus ideas...

“No podemos hablarle”; “un vistazo a la muerte”, “merecemos dejarla sola!; “nadie podrá”, “...de la ayahuasca”, “Tlalpan ya no existe”.

Todo oraciones inconclusas. Para cuando decidió guardar silencio, ya había perdido de vista a tal madame.

La duda me cubría, y observé esa noche una parte de su itinerario que, por cuestión de mi horario de trabajo, no había podido percibir. Pero era sábado, por lo que estando en casa, la encontré a su regreso. Cruzó el tosco jardín, tan ligera de caminar como siempre, siendo las 6:55 de la tarde. Apenas podía verla con claridad, ya que el sol estaba detrás de su figura cuando mi estómago se revolvió. Ella estaba detenida frente a su casa, de pie sobre el ríspido tapete de yute que nunca había parecido ser barrido. Pero estaba ahí, sola, sin la compañía de una sombra.

Y ella volteó directo a mi faz, a través de mi ventana. Sentí una calidez enorme en su mirada, pero un dejo de tristeza. En las arrugas que le rodeaban, quedé inmóvil, cautivado por el ancestral recuerdo de una vida que casi no vivió, sintiendo su pulso en mis brazos. Quería comenzar a llorar, cuando la madame se dio la vuelta, y entró sin más a su casa.

Toda esa noche, lloré con una amargura más allá de mis fuerzas. ¿Por qué sentía el dolor de alguien más? Y lo sabía, había un universo que parecía querer dejar detrás, pero su pasado iba como un pagano velo, fastuoso y pesado, que car-

gaba sobre su espalda. Sin querer sentir más, me dejé llevar por un sopor leve.

Desperté en la alfombra del cuarto, con el brazo adormilado por haber descansado en él. Recordé el latir que me arrebató la calma la noche anterior, y corrí fuera de casa. Esperaba ir directo a la casa de Madmoiselle, pero me detuve al escuchar un crujido bajo mi pie descalzo. Volví mi rostro al suelo para encontrar una delicada carta envuelta en un delgado hilo de yute. Levantándolo con cierto temor, abrí un único pliego de papel, para encontrar pocas palabras, escritas en una tinta sepia, pulcra y minuta. Supuse, tanta elegancia hablaba de la misma mujer que robaba al momento mi paz. Pero no había mucho más que una declaración, seguida del silencio de una dama que no volvió a ser vista en el lugar:

“Esperaba no volviera a pasar, pero tú también sentiste algo más que mi dolor.

A la par, pude ver el bien en tu conciencia. Por esta vez, sé que valen la pena un poco más. Descansa, Fiff”.

EMILIO RAMIRO LOMELÍ VÁZQUEZ

HERMANO SOL Y HERMANA LUNA,
EN EL SUEÑO DE UN TONTO EN
LAS NOCHES DE OCTUBRE

Tercer semestre de la preparatoria, turno de la tarde, donde los matones, asaltantes y ladrones se juntan. Mi capacitación, la de Diseño Gráfico, una carrera que solo los fanáticos toman.

Dos de la tarde, mirando a la distancia, donde la lluvia cae y las lágrimas de la música en Mi menor llega. Los árboles bailan a su canto, el aire grita en su desesperación. Viendo a la distancia, pienso en cómo es que ya no veo, ya no siento, ya no creo. Cómo todo lo que vi se vuelve oscuridad y todo lo que sentí se convierte en una línea del mar. Cómo me da miedo y no quiero que pase, que suceda, mas no soy capaz de evitarlo y sé que cada segundo, es un momento inevitable de satisfacción.

Regreso a mis sentidos, vuelvo a mi clase, vuelvo a la tierra, gracias a esos ojitos color ámbar que me acechan.

—¿Qué haces?

—Pensando.

—¿Y en qué piensas?

—En la lluvia, por qué está tan mojada. —Solo suelta una carcajada y vuelve a su cuaderno.

Pienso en el miedo, en la alegría, en la vida y pienso en el amor. Aun así, pienso en él y cómo no quiero apartar mi mirada.

El atardecer llega y sus dulces aromas con este. El cielo se torna morado y naranja. Sus súplicas hacen que la lluvia regrese a donde vino, al océano y las montañas, para dar un respiro. Mis pulmones se llenan del fresco aire que es la humedad, fría y calmante, tal como su corazón.

El tiempo pasa y con ella las clases. Y con la escuela, la luz de mi hermano sol.

No existía más la luz, solo vacío. Y aun así, su presencia me guiaba donde fuera. Caminando por la fría noche, por el camino que no se ve, vamos los dos, a ver a su amor, a que se despida de aquel que le dice cariño.

Esperando debajo de una fría farola, pienso, medito, reflexiono, sobre cómo es que lo amo, cómo es que creo en él, en su forma de ser y en su forma de reír. En su forma de existir y en su forma de amar. Lo veo regresar en lágrimas y con frustración. Le quiero preguntar, le quiero abrazar y le quiero decir que todo saldrá bien; que estoy aquí para él. Sin embargo, el silencio se apodera de la oscuridad y el aire se adueña de mis emociones que vuelan y me dejan solo en compañía de la tristeza, de la melancolía.

Es así como le digo...

—Vamos.

Caminando a la luz de la nada, estamos solos, mi hermana luna no está presente el día de hoy.

No hay una voz, no hay un sentimiento, no hay una mirada. No hay nada más que el sonido de los pasos que los dos damos en el mar que es el piso. No hay nada, solo nuestras lágrimas y nuestro dolor cayendo al suelo. Me despido, lo volteo a ver y susurro un adiós.

Sin voltearnos a ver, tomamos caminos diferentes. Sin voltearnos a hablar, nuestras lágrimas secan nuestros oídos. Sin voltearnos a sentir, somos desconocidos. Y paso tras paso, no quiero aceptar esto, me niego a que este sea el final.

Corro y grito por su amor, por su alegría, por su fe y su esperanza. Esta vez no me arrepentiré de nada, porque sé que

esta es mi verdad y mi realidad. No importa qué me responda, si lloro ante lo que me diga. Solo sé que lo quiero ser feliz, alegre y si puedo verlo sonreír, aullaré en mi risa.

Mientras más me acerco sé que por fin seré honesto. Veo su cuerpo estático, a la mitad de la banqueta. Volteo y me doy cuenta de que estoy soñando de nuevo, parado en el lugar que nos despedimos.

Miro al cielo, agua cae en mis ojos.

—Pero qué cosa, está lloviendo de nuevo, ¡je! Estas noches de octubre en verdad son para los tontos.

ANGELA IRAÍS LÓPEZ HERRERA

A LA SALIDA DE LA ESCUELA

Aunque ocultos bajo la sombra de un árbol, el sol encontraba la manera de descargar su intensidad contra nosotros.

Mis primos y hermanos estaban sentados sobre ladrillos y cajas de madera viejas que encontraron tiradas en el suelo. Mientras tanto, yo permanecía de pie, segura de que no tendría que esperar por mucho más tiempo. Di un pequeño salto para ajustar la pesada mochila sobre mi hombro derecho y después aparté el fleco de mi frente, sudoroso a culpa del calor.

—Déjala en el suelo —dijo mi hermano menor, pero yo lo ignoré. No quería que se ensuciara de tierra.

—¿Qué hora es? —sin esperar por una respuesta, jalé la muñeca de Andrés hacia mi rostro para ver la hora en su reloj.

Las 12:17. Enfrente de nosotros, la primaria estaba casi completamente vacía. Solo unos cuantos niños esperaban sentados en la banqueta por sus padres.

—¡Ya quiero que vengan! —Arath intentó echarse aire con una hoja de su cuaderno, pero, por su expresión de molestia, no funcionó como deseaba.

Yo también moría de calor. Observé con envidia a mi primo Totis, el mayor de todos, que terminaba tranquilamente su nieve de garrafa de limón. En ningún momento le compartió a nadie; y mi hermano mayor, Marco, no quiso comprarme una a pesar de que le sobró dinero del lunch.

—¿Y si nos vamos caminando? —dijo Ángel.

Todos guardamos silencio. Para él era fácil decirlo, todavía llevaba mochila de rueditas y no tendría que cargar con el peso de una mochila llena de libros sobre los hombros durante el camino. Pero, en realidad, no era tan mala idea: la casa de mi nana quedaba a menos de seis cuadras de distancia. Observé a Marco, esperando su reacción. Tirando a un lado la rama con la que había estado haciendo dibujos en la tierra, se puso de pie y dio dos aplausos.

—Vamos, o terminaremos asándonos aquí.

Lo obedecemos sin rechistar.

Caminando por la orilla de la banqueta, seguimos los pasos de Marco. Ya habíamos avanzado una cuadra cuando se me ocurrió preguntar:

—¿Y si nos regañan?

—Es su culpa por no llegar temprano —la respuesta de Andrés lo hizo parecer mayor que yo.

Nos entretuvimos unos minutos más para que Totis y Marco ayudaran a Andrés a escalar y recoger todos los limones posibles de un árbol con el que nos cruzamos en el camino. Después, los mayores empezaron a lanzar los limones a los patios de diferentes casas. En su cuarto intentaron que se estrellara contra una ventana. No nos quedamos a comprobar si la habían roto, salimos corriendo hasta perder el aliento. Retomamos el ritmo anterior de caminata una vez nos aseguramos de estar lo suficientemente lejos de la escena del crimen.

—Ya no hagan eso —arreaté los limones restantes de la mano de Marco y los lancé al otro lado de la calle, ignorando su reproche.

Pasamos junto a una barda donde vimos dibujos de *graffiti*: el paisaje de una playa, monstruos con caras felices y nombres de grupos cholos rayoneados en las esquinas.

—¿Cuánto falta para llegar? —preguntó Arath, arrastrando la suela de los zapatos negros sobre el pavimento.

—Ya casi —le contesté, reconociendo cada vez más el entorno.

No me equivoqué, a la próxima cuadra dimos vuelta en la esquina y nos encontramos en la calle de mi nana. Cuando nos internamos en el patio, esperaba ver el rostro sorprendido de mi mamá, pero solo estaba mi abuelo ahí, quien tocaba tranquilamente la guitarra mientras se hallaba sentado en una de las bancas de afuera.

Sin dejar de acariciar las cuerdas de la guitarra, nos dedicó una gran sonrisa.

—¿Qué?, ¿por qué tardaron tanto en llegar?

—¿Y mi mamá? —lo miré extrañada mientras me sentaba a su lado.

—No está.

—¿Y la mía? —preguntó Ángel.

—Tampoco está. Salieron juntas con tu nana, quién sabe a dónde. Me dijeron que estaban hartas de cuidar chiquillos y se fueron a pasear.

Sabiendo que a nuestro abuelo le encantaba bromear todo el tiempo, nadie prestó atención a su último comentario.

—¿Por qué nadie vino por nosotros? —Totis dijo en voz alta la duda que todos teníamos.

—¿A poco necesitan que vayan por ustedes? Ya están grandes.

—Pero hace calor —reproché.

—Un poco de calor no hace daño a nadie, chilindrina —me dio dos palmadas en la mejilla derecha—. Vamos, vamos adentro, ¿quieren comer sandía?

Olvidando el calor y el cansancio, todos asentimos, siguiéndolo dentro de la casa. Dispuestos a no contarle nada a nuestras mamás sobre el mal niño que habían dejado a cargo de nosotros, todo a cambio de un trozo de sandía.

JUAN CARLOS MUÑIZ ARIAS

LOS CUADROS DEL SEÑOR ASHER

Dante y yo nos escabullimos entre la multitud del medio día. El mercado estaba más lleno que nunca. Los hombres caminaban de lado intentando no tropezar, las mujeres cargaban a sus bebés feos y las ruidosas gallinas corrían por el piso de la plaza. Era un desastre.

—¡Te dije que viniéramos antes del desayuno! —Me gritó Dante mientras se habría paso entre dos jardineros que cargaban cajas con olor a rocío.

Tenía razón. Hubiera sido más fácil pasar por ahí mientras todos dormían, pero sin un buen desayuno, probablemente me habría desmayado. El día de ayer trabajamos un par de horas más de lo habitual y no logramos descansar después de que una vecina lloró casi toda la noche. Fue un llanto insoportable de esos que solo escucharlos te daban la impresión de que había muerto alguien. Era una exagerada.

Seguimos entre el bullicio hasta llegar a una escalera de concreto que guiaba a una puerta de un hermoso segundo piso. Dante se apresuró a entrar, pensando que era un atajo y, sin alternativa, tuve que seguirlo, intentando subir y no morir por los escalones chuecos. Nos sorprendimos al percatarnos que dentro del edificio parecía haber un bullicio similar al de afuera. El pasillo era alfombrado, sostenido por torres de mármol blanco con diseños de oro, sillones de terciopelo

rojo, ventanas de cristal multicolor y olía a un fuerte aroma a vino recién destapado.

—¡Me lleva!, por aquí no era. Regresemos. Llegaremos tarde otra vez —dijo Dante mientras se daba la vuelta para volver a bajar.

Lo detuve y él me miró confundido. Le señalé la habitación contigua. Era impresionante, había cientos de personas con vestidos y trajes caros, que caminaban entre fuentes de chocolate y peceras repletas de ejemplares exóticos. Me adentré entre la multitud antes de que Dante pudiera decir algo.

Parecía una fiesta, la más grande que había visto en mi corta vida. Había parejas bien vestidas con rostros de felicidad y satisfacción; felicidad que se daba al comer un chocolate. Hablando de chocolates, vi las enormes fuentes y no me pude resistir, metí mi mano entera a la fuente y tomó un color café oscuro. Las personas se me quedaron mirando pero solo rieron y volvieron a sus conversaciones.

Ni yo ni Dante sabíamos de qué hablarían esa clase de gente. Yo me imaginé que charlarían de cómo habían comprado una nueva mansión, consejos de negocios, de cómo el rey había vuelto a fastidiarlos o como sus hijos habían entrado a las mejores escuelas.

—¿Quieres unirteles cierto? —dijo Dante intentando ser gracioso—. Después de todo eres un entendido en estas cosas.

Él bien sabía que tanto mis modales como mi educación, no pasaban del sobrenombre de “mediocre”, pero no me molesté porque tenía chocolate por probar.

Lamí mi mano cubierta de chocolate. Era delicioso. Decidí aventurarme por el salón para buscar, a ver qué cosas sabrían bien con una mano de chocolate. Entonces me crucé con un camarero de uniforme simétrico, llevando en bandeja lo que parecía ser pan de ajo. Cuando me acerqué para pedir uno, Dante me detuvo. Qué novedad.

—¿Estás loco? No te dará nada, eres solo un niño andrajoso —me dijo con ojos vivaces.

—Disculpe, ¿me da uno? —le pregunté al camarero ignorando completamente a Dante, como si nunca hubiera escuchado su voz chillona.

El caballero en un principio se sorprendió al ver mi ropa harapienta pero después me regaló una sonrisa junto con dos trozos de pan.

—Hoy es un día que todos merecemos celebrar —me dijo mientras dejaba el pan en mis manos.

En ese momento no entendí por qué debía celebrar. A lo mejor era el cumpleaños del rey o alguien importante pero no le di muchas vueltas, estaba ocupado comiendo. Dante me miraba con frustración como si le molestara mi manera de comportarme, lo cual comprendo, no era la persona más respetuosa, pero tampoco era un criminal.

Tras varios minutos de caminar, finalmente me detuve frente a un grupo de jóvenes de mi edad. Tenían trajes tan brillantes que parecían estrellas de cine. Se voltearon y me miraron fijamente.

—¿De qué familia eres? —preguntó el joven más alto de ellos, quien tenía un rostro algo consternado.

Le respondí que era primo suyo. Un primo lejano. Él sonrió, me abrazó y me presentó a sus amigos. Dante lo desaprobaba, mirándome con recelo. Tras unos minutos de aguantar su mirada punzante, lo tomé del brazo y lo acerqué al grupo.

Mi “primo” recibió a Dante con una mirada de horror, como si hubiera visto a un fantasma.

— ¿Quién eres tú? —dijo él.

—¡Soy Dante! Ayudante de carpintero. Orgullo del taller de Manila —resopló con ese aire autoritario y militar que tanto repudiaba yo—. ¿Tienes algún problema?

Inmediatamente mi primo corrió y se internó hasta el rincón más lejano del salón. Dante parecía orgulloso, como si acabara de derrotar a un toro. Yo por otro lado estaba fastidiado.

—¿Acaso tu plan es que no consiga amigos? ¿Qué demonios fue eso? —Le reproché.

—Ellos no pueden ser amigos tuyos. Ni siquiera son familia de verdad.

—Cálmate, celoso.

Una campana interrumpió nuestra discusión. Tuve suerte. Dante solía ganarme en todas las discusiones que teníamos. La gente empezó a agruparse en el centro del salón, sus rostros se veían llenos de expectación, los seguí y logré tener vista de primera fila tras empujar a un niño trajeado. Fue su culpa, me miró feo.

Esperaba un banquete o apuestas millonarias entre los ancianos de la sala, incluso un payaso hubiera sido mejor que lo que vi y eso que los detesto. Enfrente del hombre que sostenía la campana había un ataúd, abierto de par en par con el cadáver a la vista de todos. Dejé de comer el pan y el chocolate que había traído.

—¡Buenos días! ¡Y son muy buenos! —Decía feliz el hombre de la campana, como si hubiera visto al mismísimo Jesucristo—. El día de hoy es el inicio de una nueva vida. Una tranquila y sin paranoias. ¡El señor Asher finalmente ha fallecido!

Tras sus palabras se escucharon silbidos, gritos y aplausos a mi alrededor. Quise aplaudir, pero tenía chocolate en una de mis manos y pan de ajo en la otra. No sabía por qué se alegraba la gente, pero un motivo debía de haber para tal festejo en pleno funeral. Miré a mi alrededor y vi a mi primo. A diferencia de toda la sala tenía un rostro de angustia y tensión absoluta. De esos rostros que te cuentan una historia de terror, sin necesidad de esperar a la medianoche.

—¿Estás bien primo? —Le pregunté mientras me acercaba a él.

—No. No lo estoy.

—¿Qué ocurre?

—La pesadilla todavía no termina. Todavía falta. Falta uno.

— ¿Falta? ¿Falta un qué?

La campana sonó de nuevo y con ella la voz del hombre daba otro discurso.

—Su arte nos mantuvo encerrados, enloquecidos e incluso acabó con muchos de nosotros —decía el hombre dando vueltas alrededor del ataúd—. No me malentiendan. Su arte era impactante, único e incluso magistral pero era demasiado para el mundo. ¡Todo lo que trazaba se cumplía! ¡Pero ahora ya no trazará más! Al fin nuestras vidas están fuera de su pincel. ¡Y sus obras finalmente serán dignas de verse!

El hombre tronó los dedos y detrás de él cayó un telón blanco que ni había notado que estaba ahí. Me hubiera encantado que jamás se hubiera caído detrás del hombre. Había más de 30 pinturas de personas, personas muriendo.

Las pinturas no creo que algún día las olvide. Eran horribles. ¡Impresionantes!, pero horribles. Parecían fotografías. Había una de una joven de pelo rubio con las piernas rotas, donde sus huesos atravesaban su carne y la sangre manchaba la tierra en el fondo del foso. Otra mostraba un hombre con las manos en el cuello, donde tenía cicatrices y uñas rotas por la desesperación que se veía en su mirada a punto de apagarse, se estaba ahogando en una cena de navidad. La más grande mostraba un carruaje en llamas con una familia carbonizada dentro de él, donde un niño se veía medio salido por la ventana, había intentado salir.

—Vámonos. Regresemos por favor —dijo Dante rogándome.

—En un momento te alcanzo. Ve bajando por las escaleras. Necesito ver algo.

Dante no se lo pensó dos veces y desapareció por el pasillo.

El hombre seguía hablando en voz alta.

—Con su pincel creó dolor en el rostro de las personas que pintaba que, de alguna manera, ¡ni Dios comprendería! —gritaba el hombre mientras los otros escuchaban horrorizados—; su dolor lograba escapar del marco y definir el des-

tino de aquellos mortales que tuvieron la mala suerte de ser pintados. Él logró lo imposible: ¡pintar personas que nunca conoció! Y lo que vemos ahora en estos marcos dorados son la representación perpetua del sufrimiento y los últimos agónicos momentos de la vida humana.

Quería salir de ahí y también quería seguir escuchando. Era similar a comer mucho chocolate. Te hacía daño, pero sabía bien. Era el morbo.

—¡Justo ayer! —decía el hombre mientras señalaba un cuadro—. La última profecía del último cuadro se cumplió. Villán nos informó que una mujer, en la madrugada, vio a su bebé tirado en la alfombra. Ahogado por un pato de juguete. ¡Justo como se mira en esta pintura! Muy triste. Ojalá que Dios la acompañe... ¡Bueno, iniciaremos la subasta! ¿Cuánto por el bebe ahogado?

En ese instante miles de manos de hombres y mujeres se alzaban con bolsas llenas de monedas de oro. Se escuchaban varias de ellas caer al suelo. Observé a mi nuevo primo en la lejanía y fue caminando hacia el ataúd. Pensé que también intentaría comprarlo, porque se quitó su mochila y se la puso delante, pero no. Se paró frente al ataúd y gritó algo que calló el sonido de las bolsas de oro.

—¡Todavía un cuadro más!

Oh, Dios mío, esto se pone interesante, pensé. Los rostros de felicidad que habían dominado la sala desde que llegué fueron cambiados por angustia. Entonces en el momento más tenso, mi primo levantó la pintura que había sacado de su mochila.

Era un cuadro pequeño, del tamaño de un libro, todos entrecerraron sus ojos para verlo mejor. Me acerqué, me arrepentí de hacerlo porque en aquella pintura, vi a Dante con su cabeza estrellada contra la escalera.

DIANA PADILLA

EL INVIERNO DE UN SOÑADOR

La luz y la oscuridad que años atrás me agobiaban desde que mis pies tocaban el árido suelo, ahora me acompañan en lo que parecerá una eternidad. El sentirse solitario y olvidado en las faldas del antiguo y viejo guardián de la ciudad forma parte de mi presente.

El Centinela es mi hogar, rodeado de arena, maleza y una débil sombra que me abraza desde el amanecer, pero que me abandona cuando el sol descansa detrás de una montaña.

Un escenario perfecto para quién priorizó su vida sobre la tradición; un espacio que aun en el abandono, me acompaña después de mi despedida terrenal.

—Mi patética existencia en este mundo se reduce a un cúmulo de letras talladas en la piedra de mi sepulcro. El signo de la muerte, de mi recuerdo y de mi travesía sin retorno.

Día 1 460

Años atrás tomé una decisión que todos en el pueblo cuestionaron cómo impulsiva; no era algo característico y difería de la educación de mis padres. A partir de ese instante todo lo que hice desde su mención en voz alta era cuestionable. Los arrepentimientos aparecían y la agonía me acompañaba en cada paso.

—¿Realmente abandonarlo todo por tener un poco de pan y monedas en el bolsillo fue lo correcto?

—Tal vez no, pero debía despedirme de esta vida llena de miseria.

Renuncié a mi pasado y presente por un sueño que aun hoy parece inalcanzable. Un sueño que me dejaba sin aliento, sintiéndome perdido a más de diez mil kilómetros de distancia del lugar que un día llamé hogar. Mi inocencia hizo que mis pies se movieran antes que mis pensamientos, pero la vergüenza me obligó a resistir este tormento en medio del desierto.

Día 00

Durante el verano de mi vida, la avaricia acarició mi ser por primera vez. Una tentación alimentada por la crisis y el miedo dibujado en el rostro de mis hermanos. No teníamos mucho para comer y las monedas se diluían en pagar por nuestra vida. Todos deseábamos huir de los señores de la guerra y la debilidad financiera de China posterior a la revolución. Sin importar el destino, repetimos con sarcasmo: “El honor colapsará, pero mi vida no”, el pretexto de quién no deseaba una muerte joven movilizó un plan inicial para salir de esa zona de guerra.

En el invierno de 1919 los rumores del nuevo Edén recorrían toda la provincia de Shangdong, una brecha casi desconocida, pero muchos de nuestros hermanos chinos habían explorado para vivir con tranquilidad el sueño americano. Una opción tentadora que revoloteaba en mi cabeza, pero no se arraigó a mi plan de huida.

Deseaba dejar todo atrás, empero mis pensamientos me imploraban no dejar el pueblo. Los días pasaron y los barcos zarpaban; una noche antes de que la última embarcación dejará el puerto recordé las palabras de mi abuelo, un hombre que siempre añoró conocer el mundo: “Cuando soplan vientos de cambio, unos construyen muros, otros castillos”, mo-

tivado por la aventura, de forma apresurada tomé un poco de dinero y ropa, así, en enero de 1920, decidí comenzar esta travesía.

Día 164

La esperanza dibujada en nuestros rostros al inicio de este viaje se esfumaba con cada atardecer. Los meses pasaron lentamente, hasta que un día antes de que el sol se hiciera uno con el océano, con el último aliento de fe en nuestros cuerpos, tocamos puerto.

Todo este tiempo sobreviviendo con solo agua bajo nuestros pies nos hizo valorar el reencontrarnos con la civilización. Esa tarde arribamos a la ciudad de San Francisco, estábamos en América, habíamos logrado nuestro sueño o eso creíamos ya que nuestra emoción fugazmente se esfumó.

Poco después de que el barco atracará en el puerto, nos condujeron con desesperación a unos furgones de ferrocarril cerrados. Al parecer esta no era la tierra prometida.

¿Qué clase de engaño era este?, me pregunté.

Nuestra prisión de agua ahora era de metal. Los días viendo al horizonte cambiar de color indicando el paso del tiempo continuaron uno tras otro, pero nuestro destino todavía parecía lejano.

Hasta el otoño de 1921, miles de mis hermanos chinos y yo llegamos a Mexicali. La tierra prometida para nuestro nuevo comienzo en medio del desierto.

Día 1 467

Cuatro años habían pasado en cada uno de los cuales el sol quemaba más fuerte, la espalda dolía más. Trabajando por un sueldo que no ayudaba a trabajar menos.

Aceptamos que nuestra utopía era una vil mentira. Una dulce promesa que durante meses e incluso años nos sedujo hasta llevarnos a la perdición; una realidad vergonzosa capaz

de doblar a un hombre hasta el punto de fusionarlo con suelos fértiles, exigentes de sudor y manos fuertes.

Día 1 825

Estábamos a la deriva aprendiendo a sobrevivir en este lugar.

Cada vez éramos más, no necesitábamos a los lugareños ya que nuestra compañía era suficiente. Teníamos nuestros privilegios, secretos, excesos y diversión exclusivos, que nos permitía sentirnos vivos manteniendo fuertes nuestras raíces aun lejos de casa. Conocí las historias de mis hermanos, algunos llegaron a este lugar por error o casualidad, cualquiera de las opciones nos permitió coincidir en nuestra nueva vida.

Las raíces eran tan bastas que sujetarse más a esta ciudad era un hecho. Muchos comenzaron a construir un hogar, sus negocios y un futuro, pero había otros que nos negábamos a echar raíces en este hoyo olvidado por el mundo.

Cada día repetía mi objetivo de vida, irme de este lugar.

Día 2 190

En medio de mi rutina de excesos y deseos, conocí a Maribel en una vereda de Mexicali, una mujer extraordinaria que hacía que mi corazón floreciera en la sequía.

Nuestros mundos paralelos podrían coexistir, pero nunca coincidir, era la regla de esta fantasía llamada amor. Las murallas forjadas por la diferencia de idiomas y culturas podrán resultar en un corazón roto.

Tenía miedo...

Después de todo, jamás me había enamorado. Inexplicable y confusa resultaba esta historia de amor. Yo, el hombre que años atrás había determinado abandonar mi cárcel estaba interesado en una mujer que había vivido entre estas rejas. Imposible o no, el mar de confusión apareció, por segunda vez en mi vida tendría que tomar una decisión que podría cambiarlo todo.

Ahora, no solo mis pies se movieron antes que mis pensamientos, sino que mis sentimientos se manifestaron.

Era la indicada y nada más importaba en mi mundo. La tradición y la hermandad solo regalarán tiempo, pero no felicidad. Eso era Maribel para mí, la felicidad que necesitaba para curarme.

Aprendí a vivir cuestionando el mañana, pero sin esperar, ella alimentó mis sueños y llenó mis vacíos regalándome alegrías que trascendían el tiempo. Quería permanecer siempre presente para amarla y construir un futuro juntos. Ese era mi sueño.

Día 8 030

Quince años repletos de cartas con delicados esbozos de dos enamorados a quienes las palabras se las llevó el viento. Un romance que floreció, pero no era inmune al paso acelerado del tiempo.

Mi mundo que durante años se redujo a ella solamente, estaba cambiando. Su esencia optimista se desvanecía, mientras el dolor y la agonía daban la bienvenida.

En la víspera de nuestro dieciseisavo invierno juntos, observé cómo el color abandonaba su rostro. Me mantuve en silencio abrazando su mano, recordando el juramento que nos hilaba a esta tierra y se diluía entre lágrimas que caían al ritmo del débil palpar. Desesperado por este adiós, me reencontré con la soledad.

Los días se volvieron grises a partir de nuestra despedida. El aire pesaba y sofocaba. Seguir adelante era imposible, pero abandonar el lugar donde fui feliz sería condenarme al naufragio.

Día 10 997

Los años siguientes, el sol abrasador demostraba mi permanencia terrenal, aun cuando había olvidado al tiempo y a mí mismo.

Desesperado por tu ausencia fui capaz de sobrevivir a esta tristeza, pero, mi fuerza y vitalidad caían como hojas en otoño hasta que fue suficiente para la muerte verme en ese estado; y entonces ella, piadosa de mí sufrimiento, tocó a mi puerta.

Después de esta visita, la soledad que sentí desde la partida de Maribel se había desvanecido.

Mi cuerpo yacía en esa habitación abandonada. Frío y solitario, pensaba que me desvanecería como un sueño por la mañana. Hasta en el final, tan equivocado.

El Centinela es mi hogar, pero la asociación es mi familia. Nunca me abandonaron. Un hombre afortunado, aun en el invierno de su vida.

BEATRIZ PÉREZ FIERRO

LA TÓRTOLA

Streptopelia decaocto, tórtola turca, paloma habanera, tórtola de collarín. Llegaron al continente americano de Euroasia, como una especie invasora a mediados del siglo pasado y es considerada de una alta tasa de dispersión. Strepto=cadena, pelia=paloma, decaocto=dieciocho. Dieciocho monedas. Una bellísima leyenda griega resumida en su nombre científico. La Libertad implícita en la tragedia que la envuelve.

Parada sobre un poste de madera de energía eléctrica a doce metros del suelo, su silueta se recorta contra el cielo limpio. Una línea blanca y recta va rompiendo la pureza del cerúleo firmamento. Entre el helado trazo aéreo y el nivel del poste, un punto negro sobrevuela en círculos.

La paloma busca alimento sola. No se avista la parvada. Indica su género la falta del matiz rosado en su pecho de estructura ligeramente pequeña. Su cabeza, aparentemente inmóvil, hace minúsculos y rápidos movimientos cada dos o tres segundos. Las ramas de la enorme higuera en el patio contiguo se están llenando de hojas, las puntas de sus esquejes verdean. De frutos, nada aún.

Los redondos ojos, diametralmente opuestos, peinan los 340 grados del perímetro visual. Posa la atención sobre otro

jardín, abajo. Dos platos de acero inoxidable yacen sobre el piso de concreto pulido a la sombra, uno con agua, el otro con croquetas. A dos metros de estos, tras un ventanal, un perro aparentemente dormido. Su pelaje, corto y oscuro como el humo, permanece inmóvil. Un aleteo corto rompe el aire quieto de la mañana. El can abre repentinamente los ojos, chispas de topacio encendidas entre las brasas color carbón.

La paloma ha descendido sobre la barda unos metros abajo, camina sobre un corto tramo que se introduce al patio. La mitad superior de su cuerpo se adelanta y se retrae al ritmo de sus cortas patas como de hule color lila. Asoma curiosa por sobre la superficie rugosa. De nuevo, los rápidos movimientos de su cabeza registran. El perro, inmóvil, alerta, los ojos abiertos, las orejas extendidas.

Otro aleteo corto. El perro salta ágil, sale disparado por la puerta entreabierta. El gruñido disuade a la tórtola que descendía ya sobre el plato con agua. Las alas extendidas hacia el frente, su cuerpo gris y crema echado hacia atrás se eleva como helicóptero casi en vertical, de nuevo hacia la barda, a salvo.

El silencio acerado, solo dominado por el soplo tenue del viento matinal. La línea de hielo blanco sigue dibujada en la tropósfera. Las espirales del negro punto son más grandes y más bajas sobre las casas.

La hermosa tórtola se desplaza a la rama de un naranjo en el patio, esperando a que se vaya el perro. Él no cede. También acecha al ave después de probar si alcanza la rama con un par de saltos tensos, altos, aunque insuficientes. Hace el amago de irse; la tórtola, el de acercarse de nuevo a los platos. La libra por poco en un par de intentos más. Deja el juego antes de elevarse de nuevo a su mástil de avistamiento.

Sus ojos rojos vuelven a la búsqueda allá en lo alto; la mitad superior a lo lejos, la inferior, indaga de cerca. El medio collarín de oscuras plumas la anuncia en lo alto, un ave gregaria en su expuesta rareza solitaria. Libre.

La línea blanca en la bóveda azul ha desaparecido. Los ojos topacio del perro ya solo observan a través del ventanal. Copos de blancas plumas caen sobre el pequeño patio, como una nevada ligera sobre el pasto verde. El halcón que trazaba círculos en el cielo ha terminado con el juego y devora a la tórtola en lo alto del poste a doce metros sobre el suelo.

SEDA

Día 1. Hace frío. El anochecer temprano de diciembre acelera el sueño de doña Lucía. Duerme tranquila ahora. A sus 94 años dormita también durante el día. Le hace falta su cobertor grueso, el de invierno.

En ese tiempo, en su duermevela, es cuando pongo orden a sus medicamentos, los de día y los de noche, las pastillas en cajitas compartimentadas y etiquetadas con horario fijo; también a su ropa de cama, anoto faltantes de sueros, agujas, kleenex, toallas y pomadas. Acomodo todo dentro de cajas plásticas abiertas, marcadas y a la vista, la hoja clínica actualizada, todo organizado sobre una limpísima mesilla.

Abro el cajón de su ropa interior para tomar unos calcetines gruesos, tiene los pies fríos. El cajón se atora un poco al fondo en el lado izquierdo. Con la punta de los dedos siento y escucho el crujir de papel de china, así que levanto un poco el cajón para soltar la pieza atorada. Nunca vi esto en el de los calcetines... ¡Qué curioso!

Tengo entre mis manos un kimono, fino y delicado, seda pura de azul intenso. Las flores rosa pálido de cerezo en flor sobresalen, como si los pétalos fuesen a salir volando con mi aliento. La otra pieza de seda es la que se atoró al fondo del cajón. ¡Qué bonito patrón tiene la tela! Toda llena de pequeñas ondas como si fuera el mar, unas alas de mariposa

blancas y grandes que cruzan todo el kimono sobre un verde profundo, como los ojos de mi anciana paciente. Envuelvo de nuevo los kimonos con cuidado y los regreso a la misma esquina del cajón.

Día 2. ¡Que frío hace, mamá! ¿Cómo te va hoy? ¿Quieres que te pase unos calcetines? Los de borreguito color beige están ricos, ¿sí? ¿No ha llegado tu cobertor de la lavandería? Le pediré a Felicia que te ponga otras cobijas mientras tanto.

Abro un poco las persianas y reviso la hoja clínica que dejó la enfermera. Luego voy al cajón que durante décadas ha contenido su ropa interior. Al tratar de jalarlo, se ha atorado del lado izquierdo con alguna cosa. Sobresale un trozo de seda azul con flores rosa pálido bordadas sobre el color del océano. Le pregunto. *No sé qué es. Tengo sueño.* Y se duerme enseguida. Regreso al envoltorio con curiosidad. Son un par de kimonos de seda, azul con flores uno, verde esmeralda con mariposas blancas el otro. No los había visto ni antes ni nunca, menos en el cajón de los calcetines, aunque suelo poner orden en su ropa desde que ella no lo puede hacer más. Al extender el kimono verde mar cae una tarjeta amarilleada por el tiempo. Se lee “Con amor, Isaac. 1951”. Un sello postal medio desprendido, pegado al anverso con pictogramas orientales, ¿japonés? Nada más... ¿Isaac? No me resulta familiar el nombre. Un torrente de preguntas más. Mi madre sigue dormida.

Tengo frío. Me hace falta mi cobertor de invierno. Soñaba con aquel baile de gala. El último del verano. Era mi cumpleaños. Todavía resuenan los ritmos de Big Band en mi cabeza revuelta, las trompetas, los trombones y saxofones, el calor, el hormigueo en el estómago. Mis pies gravitan sobre el parquet del salón entre el fulgor de las alhajas y el satén. Sonríe a medio sueño.

Me levanto con dificultad por unos calcetines de lana y abro el cajón en la penumbra. Hay una lamparita en el con-

tacto junto al buró, y otra ilumina con un halo la cómoda de mi ropa. Sobre los calcetines y ropa interior acomodada junta y ordenada por color y tamaño, están los dos kimonos. Reviso el verde, las mariposas blancas destacando en la penumbra. Volteo la manga derecha, la que tenía una pequeña bolsa disimulada entre las costuras. Dicen que los kimonos pasan de generación en generación y que, cuando se lavan, se descosen por completo para poder lavar las tiras de tela de manera uniforme, ¿los habrán lavado? ¿cómo llegaron aquí? Tiemblo.

Día 3. ¡Que bonitos vestidos! ¿O batas? ¿O disfraces? ¿Serán de las nietas? Porque de la señora no parece que sean. Siempre andan de fiesta las chiquillas, bendita juventud. Raro que los dejaran aquí, ¿serán de ellas? Muchas veces la abuela les tapa las diabluras ¿Cómo se verán de japonesas? Con esos ojos tan redondos que tienen las dos. Aunque luego les gusta maquillarse como payasos.

Ya debería estar listo el cobertor de la señora, ¡se ha vuelto tan friolenta! porque al ritmo al que lavo sus calcetines, seguro se los ponen dobles por la noche. Mejor salgo despacito para no despertarla.

Suena Glenn Miller en la orquesta, bailo feliz la melodía “A string of pearls”. Llevamos el compás al hilo durante todas las piezas anteriores. Es mi cumpleaños. Hacemos planes para después de su viaje a Japón, mil preparativos nos esperan. Parte a su viaje a finales de septiembre para volver en un par de meses a nuestros sueños juntos.

La música de Glenn Miller se difumina en el tiempo. Pasan los días, las semanas, los meses, los años. Desapareció.

Día 4. Amanece. Entro de puntitas al cuarto de Doña Lucía a revisar su estado. Duerme, respira suave, casi imperceptiblemente. Destapada, se acurruca sobre la cama. Lleva unos

calcetines suaves y un chal de lana sobre la pijama. Tiene un ligero color rosado en las mejillas, se siente tibia.

El kimono verde descosido a medias se encuentra extendido a su lado, con las mariposas blancas como a punto de echar al vuelo. La mano de mil arrugas reposa sobre la seda como una mariposa más. Un solitario perfecto brilla entre sus dedos. No la quiero despertar.

*SUSANA M.
PÉREZ-SALVATIERRA RODRÍGUEZ*

ENTRE EL BOSQUE DE CRUCES

Artemio Salgado camina por aquel bosque de cruces hechas a golpe de pandemia. Cada una tejida con el dolor, la impotencia y la incertidumbre de lo que decidiera de nuevo su insignificante enemigo. Con todas sus cicatrices.

Palidecía el cielo y la tierra lo imitaba. Artemio seguía su misión por el sendero seco de tierra y grava en los que ni siquiera la maleza se atreve a echar raíces. Se encogía la naturaleza solo dando cabida a un aire tenue que hacía extender el polvo que Artemio levantaba con sus botas. Confusión del cielo gris con la tierra gris, dejando un ruido sordo de cadencia silenciosa.

Como en aquel cementerio del oeste americano de Sad Hill, no se sabe si Artemio es el bueno, el malo o el feo. Su sombrero oscuro de ala ancha y ese trozo de tela negra que cubre parcialmente su rostro, hacen juego con la chaqueta de corte vaquero del mismo color. Va de luto, de negro. Va a rendir tributo a sus seres queridos. Había llorado solo, sin nadie a quien abrazar ni a quien decir palabras bonitas. Por eso hoy este vaquero de orquesta camina por un sendero triste, pero con la arrogancia de la música de su hogar. Hoy arrojará sus versos ante esa cruz clavada en la colina, tapizada de almas.

En lo alto del cerro se le ve erguido, con ambas manos ocupadas. En una lleva a su compañera de parrandas, abra-

zada, con sus cuerdas sujetas al chasis rojo y negro del que cuelga el cable que le dará vida a su canto. En la otra, un viejo amplificador que aún funciona y que hará vibrar esa melodía que esconde su corazón.

Un vaho tibio y agrio corre por su boca mientras busca su cruz, escondida como tesoro en un mapa que no descubre aún. Pero él sabe que yace en este bosque en el que las demás se aprietan.

Pensaba Artemio en aquel monstruo tan terrible y misterioso y temía que en cualquier momento aquella irremediable soledad se ciñera a su cuerpo y lo atrapara para siempre, devorándole con sus mandíbulas gigantescas. Pero también sabía Artemio la necesidad de dominar aquel miedo y por ello buscaba emoción y belleza en su recuerdo.

En esto estaba el vaquero, que no era ni el bueno, ni el malo ni el feo, sino tan solo el poeta, que buscaba su cruz para llorar sus versos. Aire y cielo se oscurecieron, confundiendo entre los pasos de Artemio ahogados por el polvo. Solo un pequeño destello resplandecía desde su sendero, un diminuto trozo de latón sujeto a sus botas de víbora envestía el suelo.

La quietud reinaba bajo la cordillera de cruces que Artemio atravesaba. Unas, engalanadas con flores y coronas mientras, otras, solas, en abandono, morían de prisa bajo un sol que hoy se amortiguaba.

La vida se columpia entre el dolor y el hastío. Pero Artemio no miraba atrás, seguía su camino, su búsqueda entre polvo y piedras para recitar su último adiós.

EL SECRETO DEL VIENTO

Tomé la carretera cuando comenzaba a retirarse el sol. Las laderas rosadas de la cordillera iban quedando en sombra e invitaban a imaginar duendes y hadas. Sonreí pensando cuál sería mi sorpresa si me topara con uno de ellos. Iniciaba la subida, que sinuosa y escarpada esa tarde quería contar su secreto más escondido. El murmullo del viento era constante y se colaba por las rendijas del coche, silbando en cada cañón que cruzaba.

Aquel día nos esperaba la cena que daba inicio al Congreso Internacional del Agua. Presentaríamos el trabajo de estos tres últimos años; nuevos retos de gestión ambiental de los recursos hídricos de esta zona. El acceso al agua potable, el saneamiento, la economía del agua junto a los aportes de la educación y tectología con las posibles zonas de inspección. El prototipo abría la posibilidad de llevar agua a quienes más la necesitaban.

En cada curva, el viento parecía gritar para que escuchara su historia. Fue allí donde los vi. Aquellos seres altos que agitaban sus largos brazos hacían señas para que me detuviera. El gran concierto del viento daba inicio con un telón de fondo crepuscular y empedrado. Me detuve. Los últimos rayos del sol atravesaban a aquellos seres que los interceptaban; bajé del vehículo y atendí a sus explicaciones. Los seguí

entre las piedras rosas y ocres salpicadas de mojonos verdes. Hablaban un idioma extraño, musical, tapizado de susurros antiguos. Me indicaban que prosiguiera. Como en *Hamelin y la flauta mágica*, fueron guiándome mientras sus palabras dulces se colaban por mis oídos haciéndome levitar, engatusando mi mente de forma abstracta y embriagándome de forma tal que todo era paz.

Una sombra inmensa me envolvió por completo y un frío húmedo invadió mi cuerpo. Ya solo seguía a uno de ellos. Me sonreía con un semblante transparente, hasta que con un delicado movimiento señaló un hueco entre las rocas. De pronto, estaba ya sumergida en un pequeño pasadizo por el que lo seguía. Una bruma espesa flotaba en el ambiente que se iba pintando de verde según avanzábamos.

Sostenida por ese susurro inexplicable, percibí el ruido del agua. Era un eco que se hacía más sonoro y chisporreante según avanzaba. La corriente de aire silbaba a mí alrededor, cortándose con rapidez y dividiéndose en su tropiezo para volver a unirse al otro lado, persistiendo en la misma dirección. Empujada por ella, llegué a una enorme fisura de la tierra que albergaba una gran laguna subterránea. Una claraboya pétrea se abría en lo alto y usurpaba el lugar de la roca que la conformaba y, desde allí, el último rayo solar parecía marcar la gruta del Edén, iluminada en el final de su agonía. Un espectáculo abrumador. Miles de estalactitas salpicaban sus cristales de agua en su último sacrificio.

El conducto que abría el acceso al exterior estaba tapizado de unas diminutas flores rosas de forma cónica. Las inflorescencias crasuláceas tamizaban ya los moribundos rayos en su descenso al interior de la gruta. Allí, oculta bajo las rocas de la gran cordillera, ésta anuncia su más preciado secreto: su receptáculo de cristal, esencia de la vida que regala su último destello ante el inicio de la oscuridad.

Mi móvil sonaba una y otra vez cuando abrí los ojos. Ya había oscurecido. Vi el reloj, había dormido más de una hora.

Al otro lado del teléfono, el Dr. Ferreira, mi director de tesis, insistía en encontrarme puesto que buscaba el manifiesto que se leería en la presentación y bienvenida. Debía darme prisa si quería llegar a tiempo a la cena que daba inicio al Congreso. Llevaba ya tres años con el proyecto de investigación que realizábamos en la zona de la Cordillera Rosada y no quería perder esa oportunidad. Encendí de nuevo mi coche, no podía demorarme más. Al volver la vista atrás para salirme del arcén y tomar de nuevo la ruta, observé sobre el asiento trasero un grupo de plantas crasuláceas con unas extrañas inflorescencias rosadas en forma de pequeños conos. En mi aturdimiento, no recordaba haberlas recogido.

Mi mente viajó al último experimento realizado con el prototipo; el agua a partir del viento. Eso nos permitía producir agua extrayendo la humedad del aire mediante un proceso de condensación basado en principios físicos concebidos desde hace miles de años. El viento es como un río...

Entonces recordé la gruta, su corriente de aire, la humedad con sus plantas de flores rosas, la proyección de los rayos solares, la gran laguna bajo la cordillera. Allí estaba ocurriendo exactamente lo que quería expresar con mi experimento pero aquí, de forma natural. Las rocas debían haber conformado un túnel en donde se albergaba el aire frío que empujaba el viento por el conducto y esa grieta cónica por la que se colaba el sol. Entonces se producía la condensación: las estalactitas eran las vías de agua que llenaban la gran laguna bajo las rocas. Pensé en lo fantástico que sería esto si realmente existiera porque entonces el problema del agua en la zona quedaría resuelto, pero... ¿qué demonios había pasado aquí?

FRIDA ROBLES GUTIÉRREZ

LA CAMA

Todas las noches hago lo mismo, nada fuera de lo usual. Antes de dormir inicio mi rutina diaria: asearme la cara, cepillarme los dientes y ponerme mi pijama, luego me acuesto en mi cama y me duermo.

Después de cerrar los ojos, no pasa mucho tiempo antes de volverlos a abrir. Algo me despierta de una manera abrupta e inquietante, escucho una respiración muy fuerte. Como si alguien estuviera cerca de mí. Al principio es agitada pero poco a poco se apacigua.

Esa respiración se asemeja a un susurro pegado a mi oído, recorriendo cada parte de mi espalda hasta llegar a las piernas.

El temor de que alguien se ha metido a mi apartamento mientras duermo, me domina.

En mi habitación no existe nadie más que yo y aun así la escucho clara como el agua de cascada. Traté de buscar su origen, no encontré nada. Incluso llamé a la policía, no hallaron absolutamente nada, tomándome por loca.

Intenté calmarme y no darle más vueltas al asunto: quizá sea el estrés, me dije buscando una explicación lógica. Recientemente había ingresado a la universidad y los trabajos ya eran algo complicados y estresantes.

Pasaron tres días, cinco, después ocho, un mes y esa respiración no rompía su rutina. Estaba convencida de que me había vuelto loca. Seguro empezaba a alucinar.

¿Cómo iba a ser posible que escuchara la respiración de alguien más justo a la misma hora, todas las noches, viviendo completamente sola? Me levanto aterrada de mi cama y busco por toda la casa y al final no encuentro nada. Ya no sé ni que estoy buscando realmente.

Ya intenté ir con psicólogos. ¡Necesitaba ayuda y urgente! Ellos solo culparon al estrés. Me recetaron medicamentos para dormir y para la ansiedad... Todo sigue igual.

No sé qué más puedo hacer. Me la paso asustada día y noche. Me inquieto al imaginarme con llegar al apartamento, acostarme, dormir y levantarme sabiendo que “alguien” está en mi habitación, sintiendo su respiración tan cerca de mi propio cuerpo.

Hice la misma rutina de cada noche. Me acosté pero esta vez de manera distinta a las otras insoportables noches y esta vez, cuando me desperté de madrugada, no me levanté, solo abrí por mis ojos y escuché. Escuché atentamente. Escuché el silencio; a los árboles; a los autos. Escuché mi miedo. Por último, escuché a mi cama... respirar.

MARIANO VALENZUELA

ME ACUERDO

Me acuerdo de la primera vez que cultivé toronjas con mi abuelo en el patio de su casa.

Me acuerdo de cuando mi abuela me mandaba en las mañanas por jugo y huevos a los abarrotes de la esquina para hacer el desayuno. Me acuerdo de gastarme parte del dinero del mandado en galletas y papitas.

Me acuerdo de la vez que descubrí que podía leer libros y comics gratis por medio del internet. Descargué tantos que en algún cierto punto mi vieja laptop se llenó de virus. No podía ni abrir la calculadora sin que la computadora se quedara pensando por un buen rato.

Me acuerdo de la vez que discutí con mi papá sobre lo que nos había pedido mi mamá del mercado y al llegar a casa descubrir que los dos estábamos equivocados.

Me acuerdo de la primera vez que visité San Diego con mi familia, y haberme enamorado del mar. La manera en la que el sol iluminaba las olas, los animales de las costas, las plantas dentro del agua, el olor que traía la brisa, todo aquello capturó mi atención.

Me acuerdo de mi primer viaje fuera del país sin mi familia. Sentí como si hubiera ido a un mundo nuevo. Las nuevas experiencias llenaron mi mente con memorias inolvidables. Me prometí viajar de grande.

Me acuerdo de mi amigo Ramón que conocí durante el tercer año de primaria. Solía no hablar con mucha gente y como también soy así, creo que esa similitud nos llevó a ser amigos. Salió de la primaria después del tercer año y no he escuchado de él hasta este día. Sigo pensando en Ramón.

Me acuerdo de mi primera salida en coche con mi mejor amigo. Fuimos al Dairy Queen por unas nieves. Rasguñé el carro dando vuelta en el autoservicio.

Me acuerdo de la primera vez que fui a ver un partido de beisbol con mi papá. Nos ganamos una quiniela. Nos la gastamos en botanas el día después.

Me acuerdo del momento que herí a mi amigo en la secundaria, mi enojo y frustración sin medida atacándolo de cualquier manera posible. El arrepentimiento se vino casi de inmediato, y me enojé conmigo mismo por ello. No debía de actuar de esa manera nunca más.

Me acuerdo de los días lluviosos cuando era pequeño. Me solía meter a nadar en charcos que, hoy en día, creo que son aguas negras.

Me acuerdo del cuarto de libros de mi abuelo. Era tan grande que parecía una biblioteca, y pasaba horas ahí cuando era pequeño. Espero tener una biblioteca para mis nietos en el futuro.

Me acuerdo de los fines de semana en los cuales me quedaba a dormir con mis abuelos. Eran dos o tres fines de semana cada mes. Me encantaba visitarlos para contarles cómo me fue en la semana.

Me acuerdo cuando me levanté en la madrugada y pisé un charco de meados de uno de mis perros. Me tuve que lavar el pie y aun así olía a orines.

Me acuerdo de la vez que me quedé dormido en un autobús en Ensenada. Desperté en una colonia entre viñedos. Ya que el conductor no iba a regresar a la ciudad, duré cinco horas caminando de vuelta, y una más al encontrar un autobús que iba de regreso a Ensenada. No pienso quedarme dormido en autobuses de nuevo.

Me acuerdo de mi primera noche con insomnio, y el amanecer que presencié aquella mañana. Me parece que ha sido una de las vistas más hermosas de mi vida.

Me acuerdo de la primera vez que nadé en el mar, y lo bello que se me hizo el mundo debajo de las olas.

SEBASTIÁN VALDEZ VALLE

LEJOS¹

Francisco Valle de León fue un renombrado cantautor. Daba giras internacionales por doquier y todas las mujeres estaban enamoradas de él, pero la que más, era Daniela. Era su fan número uno. Subía *covers* diarios de sus canciones en su mansión, viajaba a todos los conciertos que Francisco daba alrededor del mundo y había intentado varias veces, con apoyo de su inmenso dinero, conocer al cantautor.

Daniela era una mujer de 46 años mientras que Francisco tenía 43. Daniela fue una fumadora desde los 17, le encantaban las pieles de leopardo y los tatuajes de serpiente, y estaba obsesionada con Francisco.

Una noche de octubre, Daniela asistió a una fiesta de máscaras con sus mejores amigas, en Monte Olivo, la colonia más prestigiosa de Córdoba, abrieron el Tequila Ley Pasión Azteca, aquel que costaba 3.5 millones de pesos, para celebrar el éxito del nuevo álbum de Amanda Reyes, la estrella de la noche, la competencia y enemiga de Francisco.

Éste, para evitar el mal paparazzi, asistió también a la fiesta, para contaminar el ambiente de risas falsas y gestos hipócritas. Daniela, ya tomada, fue a vomitar al baño. Des-

¹ Cuento inspirado en el álbum musical *Camas separadas* de Daniela Spalla. Véase también “Daniela Spalla - Viaje A La Luna (Audio) ft. Carlos Sadness” disponible en <https://youtu.be/e1QU0GC8-C0>.

pués se compuso para ir a hablar con su futuro esposo o así lo decían sus anhelos. Llegó y se paró ante él y en un tono seductor lo invitó a bailar *El viaje hasta la Luna*. Él aceptó al reconocer su belleza y carisma, su labial al rojo vivo y sus ojos de un negro profundo, que se asomaban a través de su máscara de oro, su vestido de seda rubí y su fragancia de rosas recién cortadas.

*Un viaje hasta la luna
no estaría tan mal.
Lanzarme hacia lo alto
sin pensar en qué dejo atrás.*

*Sin tanta despedida
cantando lo que más me gusta.
Un viaje hasta la luna.*

Daniela veía su futuro correr frente a sus ojos, con el hombre con quien bailaba, pensando en ir a lugares maravillosos, lanzándose con él hacia lo alto, olvidando todas sus preocupaciones, una vida llena de alta clase, yendo a sus conciertos y cantar a todo pulmón sus canciones preferidas. Bailaron toda la noche, todo el día, todos los días de noviembre.

En diciembre se casaron en *Costa Rica*, bajo la bendición del Papa y en enero pasaron su verano en Pinamar, acostados viendo el cielo en un balcón con vista al mar. Viaje *transatlántico* en febrero y marzo a causa de una gira en Europa, y abril, por Japón.

En mayo, el feliz matrimonio empezó a tener caídas pequeñas, como discusiones sobre la carrera musical de Francisco y el fanatismo escondido de Daniela, quien aún no creía su futuro excediendo sus expectativas de niña. Los abrazos de Francisco quemaban. Daniela no pudo ver las señales que recibía anunciando su desamor y desinterés al estar cegada de paciencia e ilusión.

La gota que derramó el vaso fue cuando Daniela le compró un regalo a Francisco para su cumpleaños 44, una costosa botella del vino más fino de Francia, un Cabernet Sauvignon de la más alta calidad. Al él no le gustaba el Sauvignon y se molestó con Daniela por no saber este detalle, después de seis escasos meses de matrimonio y de abundantes cenas en restaurantes lujosos. Ahí se fueron a dormir en su cama matrimonial, aunque Daniela sintió que estaban dormidos casi en camas separadas.

Se le rompió el corazón al enterarse que Francisco le había sido infiel todo ese tiempo de matrimonio, con la mujer que menos esperaba: Amanda Reyes. Se habían estado viendo a sus espaldas pero el amor es el amor, dijo él. Daniela intuía y no dijo nada para no romper su relación y no destruir su fantasía que había tenido desde que recuerda.

Daniela escuchaba cuando Francisco salía de la casa a altas horas de la noche a reunirse con su querida y se enteraba de esto a causa de su insomnio, el culpable de traerla con el horario de dos hemisferios, sin poder dormir más que buscar un reemplazo al amor que ya no siente.

Daniela comenzó a cuestionarse si esta era la vida que ella realmente quería todo este tiempo y si su versión de Daniela de cuatro años estaría contenta. Cómo extrañaba esa obsesión. Ahora lo único que puede ver es un cantante con mucho talento y con poco sentido humano.

Pasó tantos días y tantas noches viviendo el duelo por él, hasta perder todo el honor y la esperanza y aunque se supone que es lo último que se pierde, la perdió. Lo único que tiene ahora es la vida, la vida nada más. Una vida miserable, cruel, triste, llena de mentiras y de falacias, una vida que no valía la pena vivir. Así que le surgió la idea de intoxicarse con veneno diluido con el Sauvignon. Consiguió neurotoxinas y hemotoxinas, las cuales usan las serpientes para sus presas. Viviría su última fantasía de morir a causa de una serpiente, en este caso representada por su marido, intoxicada por su veneno mortal.

Francisco llegó a su casa, sediento de todas las actividades que realizó con Amanda. Encontró a Daniela en el piso, pensando que simplemente se había quedado dormida debido a su embriaguez, tomó del Sauvignon, cumpliéndose así la venganza.

Y así concluyó nuestra tragedia, en un cuarto en penumbras de la madrugada, con dos cuerpos que en algún tiempo se amaron y una carta hacia Francisco que decía:

Vete de una vez y ya no vuelvas, que mi corazón está cansado y ya no puede más, me haces daño, ¿qué no sabes que mi alma tiene un límite para el dolor? Hoy el viento me llevó, sé que ya no somos los de siempre. Sé que volverás, para abrazarnos en un último espiral, y en el silencio despedirnos de una antigua guerra, solo recordar aquel beso del final. Quiero volver a Costa Rica. Quiero que al final crucemos solo un puente más, aquel que desemboque en un país donde el futuro no nos pesa. Finjamos que es perfecta nuestra vida, sólo por un rato, ¿por qué no?

Quiero lanzarme hacia lo alto, sin pensar en qué dejo atrás. Sin tanta despedida, tomando lo que más me gusta. Un viaje hasta la luna. Sin pasaje de vuelta. Que los malos recuerdos por el aire se pierdan. Tu adiós que tanto pesa, arriba quedará sin fuerzas. Un viaje hasta la luna. Hoy mi mundo está incompleto y aunque no sea el remedio, quiero alejarme de esta realidad. Si no vas a regresar, si ya no piensas regresar, quiero una nave que me lleve al infinito. Para olvidarte, para olvidarte...

Lejos.

—Daniela Spalla

ÁNGEL ZAREK VELÁZQUEZ VELÁZQUEZ

12 SEGUNDOS DE OSCURIDAD

Era la noche de la nostalgia. Gran número de fiestas se celebraban a lo largo y ancho de la comarca; yo también estaba allí, pero más que estar celebrando con mis vecinos uruguayos, me encontraba rendido hasta el cansancio, recostado en mi coche después de tanta búsqueda en vano.

Mi ceguera ya se había puesto cada vez peor ya que mi situación no me permitía seguir adquiriendo mis medicinas, pues ya no llegaban a mi país natal y si llegaban siempre adoptaban un costo muy alto. Creía que al llegar a este país todo iba a ser más fácil, que podría conseguir un trabajo para así poder tratar el glaucoma antes de que empeorara, desafortunadamente terminó siendo todo lo contrario. El poco dinero que llevaba, solo me alcanzaba por lo menos para tres comidas y solo rezaba para que un golpe de suerte fuera capaz de sacarme de este pozo sin fondo.

No dormí bien aquella noche. La ansiedad me dominaba y era consciente de que no me dejaría en paz a menos que dejara este mundo terrenal.

En un abrir y cerrar de ojos se volvió mediodía, las luces del sol fueron en esta ocasión las que me despertaron y lo primero que pensé en aquel momento fue en ir a comer. Esta vez había decidido dejar el carro estacionado porque creí que el caminar me calmaría por lo menos un poco. Además, ya no quería gastar más gasolina.

Me dirigí a la Plaza Independencia. Me topé a un joven con mochila, al lado de un local, que, curiosamente, estaba dejando una pila de discos a la suerte.

—¡Hey! Disculpa, puede que no me incumba pero, ¿por qué dejas estos CD en medio de la acera? —pregunté.

—No pasa nada, señor, si gusta usted puede llevárselos, ya no tienen valor para mí —contestó el muchacho.

—¿Es porque tienen algo malo?

—Para nada, es solo que...

—Si es que ya no sirven yo le aconsejaría dejarlos mejor en la basura en lugar de ensuciar la calle.

—¡Es solo que me traen malos recuerdos! ¿Sí? —repuso él, alterado—. Perdome mucho por la respuesta, señor, pero pasa que todos estos álbumes los escuchaba mi hermano antes de que le encontraran muerto.

—¡Oh! Lamento oír eso...

—Si bien conservo la mayoría de sus cosas, verdaderamente no puedo tener todas conmigo. Le había pedido a otros miembros de mi familia que se los llevaran pero ninguno estaba dispuesto a viajar hasta aquí a Montevideo. Al valorar entre todas las cosas, pensé que regalarlos sería lo mejor y mis padres no se opusieron a la idea, además de que quizá él hubiera querido que alguien mejor que yo pudiera apreciarlos y los conservara.

—Ya veo. En ese caso, quizá puedo llevarme unos cuantos...

—Me alegro por ello y espero que sean de su agrado. Me tengo que ir, puesto que el microbús ya no tarda mucho en pasar.

—Cúidese mucho.

Al regresar de comer, con unos cuantos discos en mano, de repente me empezaron a doler intensamente los ojos. Tal era el dolor que deseaba estar muerto antes que volver a sentir ese sufrimiento, por suerte ya estaba al lado de mi coche y pude abrir la guantera para sacar lo poco que quedaba de un frasco de brimonidina. Quedé inmóvil por un largo rato.

Noté que mi visión periférica se redujo un poco más y después de tanto pensarlo, para cuando dieron las tres de la tarde, ya iba a regresar a mi querida Comodoro Rivadaria, con el deseo de que en mi anterior trabajo no hubieran contratado a alguien. Estaba consciente de que, si bien no iba tener lo suficiente para pagar mi tratamiento, por lo menos moriría en mi amada patria, pero algo hizo cambiar mi parecer. Uno de los discos que iba a reproducir tenía una nota adentro:

Destino: Cabo Polonio.

Descripción: Tardé mucho en investigar. La portada de este magnífico álbum se trata de una localización aislada que se encuentra a unas cuatro horas en carro. Quisiera acampar allí cuando tenga la mayoría de edad junto con mi hermano y toda mi familia, así comprobaríamos juntos si realmente el mágico faro de la canción tiene 12 segundos de oscuridad.

Lleno de extrañeza, me dio por escuchar su música y a mi regreso, su deseo empezó a volverse también mi deseo. No pasaron ni quince minutos cuando ya me había dado la vuelta y empecé a recorrer la carretera con su fría brisa marina. No me importaba nada en ese momento, más que poder estar en el paisaje de la caratula del álbum. Fue un largo trayecto pero, por lo menos, pensé que me llevaría un buen recuerdo de aquí.

Sin darme cuenta, la gasolina se estaba agotando y las nubes arreboladas empezaban a desaparecer del cielo, sin sentir el tiempo ya eran las siete de la temprana noche e irónicamente la canción que estaba sonando ante preocupante situación era *El fuego y el combustible*. Una pequeña luz parpadeante se acrecentaba lentamente conforme iba avanzando, en aquel momento ya estaba seguro de que mi recorrido llegaría a su fin.

Por fin paré el carro en una bahía cercana y pude ver la luz del faro aún con mi creciente ceguera. Era extraño, la

tranquilidad invadía el latir de mi corazón. Nunca deseé algo a lo largo de mi vida y me sentía tranquilo sabiendo que pude cumplir el deseo puro de alguien más. Pobre muchacho.

Inicié una vez más el viejo disco y recostado afuera de mi auto empecé a contar el tiempo. 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11... ¡12! ¡Verdaderamente son doce segundos los que tarda en girar el haz de luz! Sentí entonces sobre mi cuello dos lágrimas pesadas, silenciosas y mi corazón se empezaba a apretar conforme sonaba la música, pero a pesar de todo ello no era capaz de dejar de ver la luz del cabo. Fue raro pero sentí una rara paz en mi ser.

Después de otros doce segundos el faro ya no volvería a mostrar más su luz.

JESSICA JANIN VIVEROS MENDEZ

MADemoiselle FIFÍ, VEN POR MÍ

Mírala, mírala, tan pura y bella. Ahí va Madmoiselle Fifi con sus vestiduras negras de gala llenas de deseos, su cabello blanco, siempre voluminoso y sus risueñas sombras desfilando tras de ella. Contemplo, a través de mi balcón, cómo arregla a su fiel compañera y entra muy propiamente por la puerta. ¡Uy! ¡Cómo ama causar una escena! De solo verla la gente corre a sus cuartos para esconder sus rostros que ni en sus sueños le llegan a la belleza exótica de mi adorada Fifi. Ahí va la sabia justiciera tras de los inquilinos del apartamento 512, solo a liberarlos de su encierro. Veo cómo toca la puerta amablemente y les asegura que todo estará bien, ¡y claro que lo estará!, ¡por fin logró encontrarlos! Después de mucho discutir la puerta cede y ¡boom! Mi amada Fifi pudo liberarlos.

Ahora ella sale elegantemente del edificio y se dirige a mi casa, ¡oh por Dios! ¡Qué hermosa dama! Mientras ella camina, yo vuelo por mi casa, mas no para esconderme sino para arreglarme y recibirla como una Madmoiselle lo merece. Cuando ella toca mi puerta, sin embargo, se topa con mi sonrisa, se percata de que mi amorosa mirada la ha pillado justo cuando ella trajo justicia en la vida de la vecina. La veo buscar apresuradamente a su compañera, ya un poco gastada. La noto alterada, pero no le doy importancia, pues siento sus sombras reír románticamente. ¡Por fin mi amada Fifi se

ha percatado de m... ¡boom! Madmoiselle Fifi, mi amada matona, me ha liberado con una preciosa bala atravesada justo en mi pecho, justo en el corazón que desde su primera hazaña ella ganó.

UNA LECCIÓN EN EL AMOR

Supongo que cuando empiezas a recordar cosas vividas, las experiencias que en el pasado quedaban por vivir, contradicen tus pensamientos y acciones pasadas. Admito que aún me duele pensar en ti, pero creo con fidelidad que simplemente nuestro amor no era parte del plan de las estrellas. Permíteme demostrártelo narrando nuestro amor en cinco momentos cruciales.

—¿Te gustaría salir conmigo... en una cita?

—¡Sí!

El amor es simple, no hace falta más que amor propio y mutuo, tú y yo tenemos de ambos tipos y bastante; eso es lo que yo pensaba. Éramos jóvenes enamorados, en esos momentos lo más riesgoso que podíamos hacer era invitar al otro a salir.

—¡Te amo!

—¡Yo igual!

Ese momento donde juraba que nada iba a superar la felicidad que sentía, dos simples frases que pueden cambiar la vida de la gente para siempre, nosotros no fuimos la excepción, mi amor.

—¿Me harías el honor de casarte conmigo?

—¡Claro que sí!

Tan fácil fue hacer la pregunta, tan natural que parecía un sueño. Yo me arrodillé sonriente y tú sin dudarle gritaste la respuesta, ¿qué acaso no fue perfecto?

—¿Hasta que la muerte los separe?

Si hubiera sabido que todo esto sucedería tan pronto, si alguien me hubiera advertido que mi corazón iba a ser el que se rendiría, si mis ojos hubieran visto ese gesto en tu rostro, ¿acaso me arrepentiría?

—¡Acepto!

El amor no es tan simple, no basta con solo un “te amo”. El amor conlleva dedicación y sacrificios y supongo que nadie nos advirtió, ninguno de nosotros vio el futuro y ninguno de los dos se arrepintió.

SOBRE LOS AUTORES

GERMÁN BAZALDÚA ROSALES

Nació en Tijuana. Estudió en el Bachillerato General de CETYS campus Tijuana. Participó el Taller de Escritura Creativa durante dos años. Suele escribir narrativa y poesía. Los temas que suele plasmar en su trabajo creativo son intimistas, reflexivos y un tanto filosóficos.

SEBASTIÁN CAMPAÑA VÁZQUEZ

Nació en 2006, en Tijuana. Actualmente cursa el Bachillerato Internacional, en CETYS campus Tijuana. Es un joven reservado con varias ideas guardadas, pero sin saber cómo plasmarlas. Gusta de la literatura sobre mundos fantásticos y distópicos, totalmente diferentes al nuestro, así como de aquella que critica algún aspecto de nuestra realidad.

MARTHA ELENA CARRILLO PEDRAZA

Nació en Sonora. Reside en Ensenada desde hace 21 años. Lectora y amante de las series de asesinato estilo Agatha Christie. Casada y madre de dos hijas. Ahora integrante de un taller de escritura creativa donde ha encontrado un espacio para echar a volar la imaginación, compartir y departir con excelentes compañeros.

ADELA CHONG LAM

Profesora retirada, amante de la escritura creativa. Plasma su imaginación y experiencia en sus escritos al tratar de dejar una huella que mantenga atrapado a quien se atreva a sumergirse en el río de palabras que brotan de su historia.

ÁNGEL CORRAL VEGA

Cursa el programa de Ingeniería Industrial y esta es la segunda ocasión que publica oficialmente un texto de su autoría, junto con publicaciones en redes sociales y en su canal de YouTube El Rincón del Narrador Nocturno, donde narra todas sus historias y comparte sus poemas. Es aficionado a la lectura, la escritura y a escuchar música. Le gustan los libros policíacos, detectivescos y de suspenso, así que es aficionado a autores como James Dashner, John Katzenbach y Steve Alten, así como a las historias de Arthur Conan Doyle y su personaje Sherlock Holmes, en especial “El problema final”.

MARCELA DANEMANN

Nació en Buenos Aires, Argentina. Radica en Ensenada desde el año 2002. Es licenciada en Relaciones Públicas por formación académica, se dedica a la promoción, la gestión cultural y es lectora

voluntaria en escuelas primarias pública. Ha escrito y publicado crónicas, reportajes, crítica de artes escénicas y entrevistas como colaboraciones freelance en medios gráficos y digitales de Baja California y otras ciudades de México. Mantuvo por más de diez años la columna semanal “Notas del Puerto” en el *Semanario Cultural Bitácora* (Tijuana-Ciudad de México) y la columna “Miradas a la Cultura” en el suplemento dominical *Palabra* del periódico *El Vigía* de Ensenada.

MARIANA GARCÍA

Nacida en Tijuana (2001). Estudiante de licenciatura en Psicología Organizacional en CETYS campus Mexicali, aficionada de las letras desde los siete años de edad gracias a *El principito* y la persona que puso ese libro en sus manos, su mamá. Le apasiona leer fantasía y comparte su gusto por los libros con los demás.

CARLOS FERNANDO

GONZÁLEZ ORONIA

Nació California. Actualmente cursa el Bachillerato Internacional en CETYS campus Tijuana. Forma parte del Taller de Escritura Creativa. Escribe cuentos desde los 14 años y le gusta explorar nuevos mundos y viejas emociones por medio de la literatura. Ganó el primer lugar en el concurso de cuento de la preparatoria CETYS Tijuana, en el 2021, y ganó el segundo lugar en el concurso de poesía “Palabras al vuelo”, en el 2022, también de la preparatoria.

JOSELINE TSUNAMY

GUEVARA URTUSUASTIGUI

Nació en Hermosillo, Sonora. Actualmente cursa la Licenciatura de Administración de Empresas en CETYS campus Tijuana. Es parte del Taller de Escritura Creativa. Desde que aprendió a leer ha sentido pasión por los medios artísticos, incluyendo la lectura, la música, la pintura y el teatro. Comenzó a escribir historias en el preescolar, componiendo e imaginando mundos cortos de ficción que compartía con su familia.

ALFA TAO HERNÁNDEZ LUCERO

Distrito Federal, 1976. Ha publicado un poema en el suplemento cultural de *La Jornada Zacatecas*. También ha publicado cuentos y poemas en la revista tamaulipeca *Delatripa*. Licenciada en música por la Universidad Autónoma de Baja California (UABC) y escritora de guiones para conciertos. Algunos de sus escritores favoritos son Jorge Ibarguengoitia, Elías Nandino, María Elena Walsh, Emily Dickinson.

MARÍA LIZETE GUIZA LEGASPY

Nació en Ensenada. Estudió Ciencias de la Comunicación en la Universidad de Sonora en los ochenta y Diseño Gráfico en CETYS campus Ensenada (2015-2019). Desde agosto 2022 cursa el Taller de Escritura Creativa en CETYS. Introvertida por naturaleza, la comunicación escrita y la pintura son sus formas preferidas de expresión. En todo caso, quien firma estos cuentos es el alter ego: María Legaspy.

ENRIQUE DE JESÚS LINARES TOVAR

Nacido en Mexicali en 1994, es diseñador gráfico de profesión y artista multidisciplinario el resto del tiempo. Actualmente estudia una maestría en Diseño Multimedia con Enfoque en Producción Fotográfica. Ha usado la literatura como recurso para la expresión personal, gustando principalmente del verso libre y el relato corto. Además, es defensor de la democratización de la educación del arte. Con el fanzine como medio tangible artístico, busca romper la barrera entre el espectador y el proceso creativo expuesto.

EMILIO RAMIRO LOMELÍ VÁZQUEZ

Nació en Tijuana. Actualmente cursa Ingeniería en Diseño Gráfico Industrial, en CETYS campus Tijuana. Forma parte del Taller de Escritura Creativa. Desde joven le ha interesado practicar la escritura pero nunca había tenido la oportunidad. Desde hace año y medio empezó a escribir por pasión: “no creo parar en los próximos años”.

ANGELA IRAÍS LÓPEZ HERRERA

Estudiante de Psicología Infantil en CETYS campus Mexicali. Su pasión más grande es la lectura; puesto que sueña despierta todo el tiempo pintando historias en su mente, decidió empezar a plasmarlo en papel desde los 12 años. Sus más grandes inspiraciones en el mundo literario son Virginia Woolf, Jane Austen e Isabel Allende. Como obras favoritas: Una habitación propia, Señora Dalloway, Orgullo y prejuicio y Paula.

JUAN CARLOS MUÑOZ ARIAS

Nació en Tijuana. Actualmente cursa la Licenciatura en Administración de Empresas, en CETYS campus Tijuana. Forma parte del Taller de Escritura Creativa en CETYS universidad. Sus inicios en la lectura escrita iniciaron como una forma de escape ante el conflicto exterior visto a inicios del 2019. Sus hábitos de escritura aumentaron con la llegada de la pandemia en el 2020. Amante del terror, suspenso, misterio y ciencia ficción, muy próximo a iniciar la creación de obras literarias enfocadas a lo onírico, inspirado en muchos de sus sueños y pesadillas.

DIANA PATRICIA PADILLA RANGEL

Mexicali (1992). Estudiante de posgrado en Educación de CETYS. Con gusto por las historias narradas o incluso actuadas. Con una mente que alberga diversas formas de ver el mundo. Aficionada a los viajes, a la música y conversaciones de largas horas. Escritora novata desde sus 14 años, ha dado vida a cuentos cortos, especialmente aquellos del género infantil y juvenil. Un personaje que denota sus recuerdos y los convierte en un nuevo texto para disfrutar.

LYDIA BEATRIZ PÉREZ FIERRO

Mexicali, 1965. Ensenadense 92.3%. De formación arquitecta. Lectora desde que tuvo letras al alcance de sus ojos. Forma parte del taller de escritura creativa de CetyS Universidad. Ha publicado dos cuentos en la revista *Delatripa*. Interesada en desarrollar la

crónica como género periodístico y literario.

SUSANA M. PÉREZ-SALVATIERRA

RODRÍGUEZ

La Coruña, España. Su infancia fue algo movida; Sahara cuando fue protectorado español, la isla de Gran Canaria y finalmente Santa Cruz de Tenerife en donde se establece su familia. Licenciada en Biología Marina por la Universidad de La Laguna. Viaja a Baja California en donde realiza un posgrado de Ecología Marina en el CICESE. Allí conoce a quien hoy es su marido. Tiene dos hijos. Reside en Ensenada desde 1995. En 2003 comienza un curso de enología con Hugo D'Acosta. Hizo vino durante seis años en el Valle de Guadalupe. Es integrante del Taller de Escritura Creativa de CETYS campus Ensenada desde el año 2019. Le encantan el mar, la lectura, el cine, la pintura, viajar y siempre escuchar y contar historias.

FRIDA ROBLES GUTIÉRREZ

nació en Tijuana. Actualmente cursa el Bachillerato Internacional en CETYS campus Tijuana. Forma parte del Taller de Escritura Creativa. Escribe desde los 11 años. Es una gran fanática de los relatos de misterio e intriga, también de la ciencia ficción acompañado de un toque de romance. Le gusta escribir pensando en lo que sucede a su alrededor, es minuciosa al momento de elegir las palabras correctas.

MARIANO VALENZUELA BARREDA
Mexicali (2001). Estudiante de ingeniería en Ciencias Computacionales en CETYS campus Mexicali. Tiene un gran interés en la lectura y pasa la gran parte de su tiempo libre en esta misma actividad. Disfruta de todo tipo de temas y géneros, y busca explorar estos mismos por medio de sus propios cuentos. Su meta es crear una historia que pueda inspirar a alguien como aquellos relatos que él leyó desde pequeño.

SEBASTIÁN VALDEZ VALLE

Nació en San Diego, California. Actualmente cursa el Bachillerato Internacional de CETYS campus Tijuana. Forma parte del Taller de Escritura Creativa, ya que siempre le ha llamado la atención la escritura. De pequeño uno de sus pasatiempos era leer, tanto le apasiona la lectura, que lo ha llevado a participar en varios concursos sobre leer cuentos en preescolar y primaria, de los cuales en una ocasión ganó el primer lugar. Es una persona muy creativa, alegre y optimista, aunque disfruta escribir del misterio, suspenso, terror y la muerte.

ÁNGEL ZAREK

VELÁZQUEZ VELÁZQUEZ

Nació en Tijuana. Actualmente cursa Ingeniería en Energías Renovables, en CETYS campus Tijuana. Forma parte del taller de Escritura Creativa. Le gusta la lectura desde los 15 años. Es fanático de la lectura de letras castellanas tanto poesía como novela. Le gus-

ta escribir acerca de la cotidianidad de la vida con preferencia hacia temas como el desasosiego o la soledad de las personas. Le gusta la música producto de la globalización, escuchando géneros desde el Bossa Nova hasta la música del medio oriente, apreciando los múltiples mensajes contenidos en sus diversas canciones.

JESSICA JANIN VIVEROS MENDEZ

(Mexicali, 2007). Estudia el primer semestre del Bachillerato General en CETYS campus Mexicali, y es, actualmente, la integrante más joven del Taller de Creación Literaria. Es una estudiante muy dedicada, pero un tanto reservada; sin embargo, decidió este semestre atreverse a trabajar en su pasión actual: la Literatura. Como casi todas las escritoras, empezó a leer desde pequeñísima y actualmente sigue practicando mucho este hábito. Sus escritos generalmente se inclinan a lo poético y al uso constante de las rimas, su mayor inspiración al escribir es la gente a su alrededor.

Adynaton 5, revista del Círculo de Letras
de CETYS Universidad, se terminó de imprimir en
febrero de 2023 en los talleres gráficos de
Grupo Comersia, www.comersia.com.mx.
El tiraje consta de 300 ejemplares.